
La compleja pertenencia eclesial

Luis Briones y otros

I. EXPERIENCIAS

Al diseñar el presente número de FRONTERA el Consejo de Redacción estimó la importancia de contar con la experiencia meramente indicativa (sin la pretensión de una encuesta sociológica) del posible malestar que muchos cristianos y cristianas experimentan por no sintonizar con los planteamientos y modos de funcionar de la Iglesia católica. Así, al mismo tiempo que se invitaba a un reducido número de personas a expresar dicho sentimiento, se les pedía un testimonio de cómo dan salida al conflicto en que viven, de su vivencia de pertenencia o de ruptura con la institución eclesial, que pudiera iluminar el enunciado del número: “¿Cristianos sin iglesia?”.

Estos cinco testimonios conforman la primera parte del artículo. En la segunda, Luis Briones sitúa las experiencias citadas, contrastadas con la suya propia, tratando de identificar y señalar algunos puntos dignos de atención que inciten la reflexión de la lectora o lector, para, finalmente, ahondar en esa reflexión con una selección de textos de los teólogos Juan A. Estrada y Víctor Codina (N. de R.).

1. Mi pertenencia a la Iglesia

Sefa Amell i Comas

1. Podría responder a la pregunta sobre mi pertenencia a la Iglesia tomando de Hans Kung la respuesta: pertenezco a la Iglesia católica porque es mi patria espiritual. Me encuentro cómoda con esta respuesta. Mi fe se ha alimentado a través y gracias a la Iglesia que me ha dado a conocer a Jesucristo y su Evangelio. Puedo decir que mi fe he crecido conmigo y ha ido madurando con los años. Cuando yo era niña la fe se me suponía. Yo misma me la suponía. De jovencita dudé de ella. Los argumentos que me habían dado se me rompían y desaparecían deshilachados entre el tumulto de nuevas ideas y conocimientos que me aportaban la adolescencia y durante un tiempo estuve luchando para desenredar mi espíritu. Más tarde tuve suerte y entré en un remanso tranquilo en el que todavía estoy metida, con algún que otro sobresalto de dudas e incertidumbres. Actualmente mantengo una actitud muy crítica con la Iglesia, lo cual no interfiere de ninguna manera en la resistencia de mi fe que continúa entera. Seguramente ahora sea mucho más libre, mucho más, por decirlo de alguna manera, clarividente. También la razón se impone y de ninguna manera puedo creer en cosas ilógicas, imposibles, ni en invenciones como las que nos ha prodigado la Iglesia. La cuestión moral también ha recibido por mi parte un lavado intenso y por fin sigo más mi propia conciencia que no directrices fabricadas en despachos, quién sabe si demasiado oscuros y poco aireados. La palabra de la Iglesia y la actuación de algunos prelados me producen, sobretodo, cansancio.

¿Qué hace una chica como tú en un sitio como éste? Es la famosa pregunta que propone Almodóvar y que muchas veces se me ha hecho en la versión: ¿qué hace una chica como tú en una

Iglesia machista como ésta? La pregunta más correcta sería quizás: ¿Cómo vivo esta pertenencia siendo mujer y crítica?

Ya he dicho que la Iglesia —que considero que es un subproducto desgraciado del Evangelio, con todo lo que tiene de bueno y santo—, no ha podido, de momento, con mi fe ni con la fe de muchas, gracias a Dios. Ser mujer y mantenerte como tal en un entorno de hombres no es fácil, ni mucho menos. Una pierde la identidad por poco que se descuide y la Iglesia se ha esforzado mucho por mantener oculta la identidad de las mujeres. Tenemos algunas santas, muy santas y muy veneradas, sí, pero yo hablo de las mujeres corrientes. Ser mujer levanta sospechas dentro de la Iglesia. Las mismas que han sido elevadas a los altares tuvieron que luchar con ella, como ejemplo cabe recordar a Teresa de Jesús o Teresa de Lisieux que no fueron más afortunadas que María de Magdala, quien tuvo que pelear con Pedro para hacer valer su palabra.

En general a las mujeres no nos gusta pelear. Nos encontramos muy incómodas en el papel de regañonas y además siempre salen con que somos o histéricas o agresivas. Por favor, ¿no se dan cuenta que ustedes los varones son y han sido siempre los reyes de la agresividad? Pero así nos va. Nadie nos ve, nadie nos oye. Nadie habla con nosotras. Nadie escucha nuestros argumentos. Se ha mantenido calladas a las mujeres bajo el ejemplo de María: la obediente, la humilde, la sumisa, la esclava del Señor. Y para resumir su papel de modelo para las mujeres (y para que callen las más revoltosas) se añade como gran argumento, que María no fue ordenada sacerdote/a por su hijo. Una utilización de María muy indecente. En primer lugar a ningún hombre se le valora por ser obediente, humilde, sumiso, ni esclavo de nadie, ni de Dios. Las palabras de María al denominarse a sí misma esclava tienen un significado de donación confiada y total a Dios, sumisa a su Palabra, obediente a su misma conciencia que así se lo pedía. No tiene nada que ver con las intenciones de sujeción que tienen la aplicación de los mismos adjetivos a las mujeres, cuando esta sujeción está personificada en los hombres ya sean las jerarquías religiosas de cualquier signo,

ya sean los propios padres o maridos. Hay que darse cuenta de una vez de que entre cualquier hombre y Dios hay una distancia infinita y ponerse en el lugar de Dios es simplemente ridículo. Las mujeres y los hombres, los seres humanos, no le llegamos a Dios ni a la suela de sus zapatos, ¿no lo sabían? En segundo lugar el argumento de la no-ordenación de María hace sonrojar por anacrónico. ¿Es que Jesús ordenó a algún hombre? María, igual que otras mujeres y hombres, recibió la fuerza suficiente del Espíritu Santo para vencer el miedo que les mantenía juntos y escondidos, y para salir a la calle a predicar la buena nueva. Seguro que María no se quedó en casa callada y participó en la tarea. Su testimonio la hacía apóstol. Es necesario, por no decir urgente, que nos acerquemos a María con una mirada nueva, empezando sobre la base del programa recogido en el Magnificat, que contiene perfectamente el mensaje evangélico. La mariología no ha hecho más que estropear el recuerdo de María.

2. Me gustaría que la Iglesia, un gremio que se denomina seguidor de Jesucristo, fuera diferente. ¿Cómo debería de ser, a mi gusto? Principalmente muy respetuosa con las conciencias personales. Quiero decir que ha de mantener un silencio, atento y amoroso, sobre temas morales para no atormentar las conciencias. ¿Por qué se inmiscuye en la intimidad para culpabilizar a alguien que usa condones? Poner en peligro la vida de la compañera, ¿no es pecado? ¿Por qué se culpabiliza a las mujeres que abortan? ¿Por qué no se culpabiliza también a los inductores del aborto, aquellos que no acogen a la mujer madre? Las mujeres madres, en teoría, son muy alabadas, pero en la realidad quedan abandonadas a su suerte, culpabilizadas de su embarazo y responsables de su criatura. Muchas mujeres casadas, como Dios manda, podrían corroborar esto mismo. La Iglesia también da su opinión sobre las relaciones entre personas mayores de edad con tendencias homosexuales y se pronuncia sobre su licitud. En cambio no pone el grito en el cielo a causa del trato violento y degradante que padecen la gran mayoría de mujeres y criaturas del mundo.

¿Por qué esta manía de la Iglesia de decir palabras precipitadas ante los avances de las ciencias de la vida (y de la muerte), para condenar cualquier cosa que le parezca sospechosa? ¿Por qué en cambio, no se manifiesta con tanta beligerancia ante la discriminación, la pobreza, el tráfico de capitales —y de personas—, el armamentismo, el nulo respeto por la naturaleza: el agua, la desertización, los residuos que producimos, etcétera, etcétera? La realidad es que la Iglesia ha perdido la autoridad moral.

3. En el mundo actual los países más organizados se rigen por un sistema al que llamamos democracia. Este sistema nunca ha sido perfecto, ni mucho menos, y ahora tampoco lo es. Pero es mucho mejor que las monarquías absolutas dependientes de una sola voluntad. La Iglesia se organizó en su momento a la manera de las monarquías al uso. Ha pasado el tiempo y este sistema ha quedado enquistado y esclerotizado y a mi entender inservible. Ahora no se entiende cómo un obispo puede poner y quitar párrocos —por poner un ejemplo bien conocido—, sin que su parroquia lo sepa y muchas veces a contrapié. El Papa por su parte pone y quita obispos en los lugares más remotos, sin consultas fiables. La pregunta es: Jerarquía, ¿sí o no? Sí, si hay democracia, pienso yo. Si cada parroquia, cada diócesis, puede escoger a su párroco y a su obispo y a este personaje se le pudieran pedir cuentas de su actuación y, si conviniera, se le pudiera renovar de su cargo, yo creo que tendría una autoridad reconocida y sería mucho más respetado. El mismo Papa es elegido por votación, los abades y abadesas también, y parece que el sistema funciona. Parémonos a pensar cómo se tendrían que diseñar las características de la participación del laicado para que las elecciones fueran claras y aceptadas mayoritariamente. El mundo y la Iglesia están compuestos de hombres y de mujeres que deberían poder ser electores y elegidos y elegidas por igual en una democracia eclesial. La justa democracia así lo exige.

Realmente es un paso difícil para la Iglesia porque supone un cambio radical en sus estructuras patriarcales. Dar paso a la democracia presupone aceptar a las mujeres. Ciertamente la

Iglesia no se comportará con justicia hasta que no entienda que hombres y mujeres formamos la humanidad redimida, que realmente se trata de las relaciones entre hermanos y hermanas que se han de regir por el amor, el único signo visible que nos dejó Jesús.

4. No quisiera dar una visión totalmente pesimista, aunque elementos para ello no faltan, pero me doy cuenta de que aparecen por doquier atisbos de cambio en forma de grupos, redes, encuentros internacionales, testimonios, libros, webs, etcétera. La Iglesia es actualmente un encuentro de muchas personas de muy variadas tendencias y procedencias. El laicado ha madurado y está tomando la palabra que hasta ahora mismo solamente tenían los clérigos. Creo sinceramente que se está haciendo un gran favor a la Iglesia. Con todo hay una cierta zozobra en los ámbitos clericales más conspicuos, incluso hay miedo. Yo continúo creyendo en que la fuerza del Espíritu trabaja en nuestro mundo globalizado y cambiante. Me parece que estamos en una encrucijada de caminos y vamos a necesitar mucha intuición para acertar con la dirección adecuada.

Sefa Amell i Comas (Barcelona)

sefa.amell@menta.net

* * *

2. Mi experiencia de Iglesia

Josep María Fisa

Se inauguraba el Concilio Vaticano II cuando cumplía 16 años, y en el 68 del mayo francés los veinte tenían sabor a historia y a futuro nuevo. Éramos, a decir de nuestros mayores y formadores, los que teníamos que plasmar en la vida real los cambios profundos que se avecinaban, tanto en la Iglesia como en la sociedad civil. Lo que percibíamos tampoco lo vivíamos con tintes mesiánicos, porque la tarea de nuestra propia adaptación ya era de por sí compleja. Muchos compañeros de estudios, empujados por los nuevos vientos, emprendieron otros caminos y las tareas pastorales de los setenta, con los jóvenes y en las parroquias populares, no encontraron muchas facilidades para abrirse paso. Organizar a los jóvenes en un proceso personal y colectivo, convivir bien con los presbíteros mayores que te miraban con simpatía, pero no podían entender algunos métodos y algunas nuevas experiencias, colaborar normalmente en las actividades parroquiales y, a la vez, abrir ámbitos de aproximación y evangelización, colaborar con los grupos de jóvenes comprometidos políticamente y cuidar a la comunidad parroquial sin que se produjeran fracturas. Todo ello lo vivíamos apasionadamente y con ilusión, porque se nos había inculcado y habíamos interiorizado sentido colectivo, trabajo pastoral coordinado, conciencia eclesial diocesana y universal, sin temores ni prejuicios.

Mi generación, tal como vivimos aquellos primeros años de sacerdocio y de responsabilidades pastorales, pudo disfrutar de un proyecto colectivo que se afianzaba en todos los terrenos y que relativizaban, en parte, las dificultades que iban surgiendo... Cada paso era un avance en la construcción de una Iglesia, ya por fin fundamentada en el diálogo con el mundo y su cultura, consciente de formar parte de la misma ciudad, mirando de frente los retos que

surgían a todos niveles. Los conflictos, pequeños o estructurales, no parecían, a principios de los ochenta, de difícil superación. Confiábamos en que las aguas de fondo de la teología del Vaticano II lo fecundarían todo: *“A través de la fidelidad a la conciencia, los cristianos comparten con los demás hombres la tarea de la búsqueda de la verdad y de la solución verdadera de los numerosos problemas morales que surgen tanto en las vidas de los individuos como en la convivencia social”* (GS 16).

De pronto, aquella cosecha posconciliar parecía menguar y aflo-raron las decepciones, las críticas, las dudas por un trabajo que algunos no habían visto nunca con buenos ojos. Y vivíamos la sensación de que, desde las altas instancias de responsabilidad de la Iglesia, se quería rectificar el rumbo. La sensación se convirtió muy pronto en evidencia y las voces de que se hacía imposible una restauración dentro de la Iglesia ya no tranquilizaban a nadie que lo percibiera de otra manera. Ese cambio de orientación profundo tuvo sus ambigüedades y provocó más de un desconcierto. ¿Es que el Concilio no se ha aplicado correctamente? ¿Hemos purificado tanto la expresión litúrgica que la hemos descarnado? ¿Nos hemos olvidado de las “noventa y nueve ovejas” restantes? ¿Hemos perdido identidad, sentido espiritual, capacidad de testimonio? Y, en la lista de los posibles errores, los vigías alertaron sobre desastres culpables y diagnosticaron y propusieron infinidad de enmiendas. Y, si el “éxito” pastoral no se cumple, ya hay a quien o a quienes achacar-lo, además de la inevitable secularización.

Al desconcierto siguió una cierta frustración al comprobar que la raíz de los problemas pastorales no estribaba tanto en los métodos, o en la unidad de acción, o en la fidelidad máxima a unas directrices o planes, sino en los mismos cambios sociales y culturales que afectaban, muy especialmente, a las jóvenes generaciones. Evidentemente esa nueva realidad a evangelizar, o a proponer de nuevo el evangelio, exige una reflexión seria, nuevos diagnósticos y propuestas innovadoras. Al menos un tiempo nuevo de reflexión y debate y de volver a las raíces del ser cristiano y de nuevos modelos y propuestas. La frustración no viene de constatar la realidad difícil de una nueva evangelización, sino de acallar, desde dentro, el debate y el mismo intercambio plural. Concretamente,

cuando en el seno de organismos de participación diocesana —como consejos pastorales o presbiterales—, surgen discrepancias o algunas visiones contrapuestas respecto al enfoque de los problemas pastorales, se disparan inmediatamente las alarmas de falta de comunión o de crítica injusta a la autoridad de nuestra Iglesia. Tener que defenderse de estas acusaciones cuando sólo se está planteando cómo evangelizar, añade un lastre importante al mismo empeño pastoral. Comprendo así las palabras de B. Häring¹ cuando señala: *“Es empresa sumamente arriesgada, en un clima de creciente negativa al diálogo y de falta de voluntad para aprender, invocar el Espíritu Santo prometido al magisterio”* (p.27).

La tentación de muchos puede llevar a una cierta indiferencia individualista o a la pasividad. La de otros, a la seguridad del inmovilismo, con la coartada de la obediencia y de la ortodoxia.

¿Por qué este recorrido con unas pinceladas de perspectiva histórica configuró una buena parte de mi generación? Porque mi vivencia de Iglesia recorre psicológica y experiencialmente este camino.

La Iglesia que he vivido desde mi infancia sigue el perfil de mi historia y la de mi generación, como mi familia, mis amigos, mi país. No podría ser de otra manera. Y mi experiencia de pertenencia y vivencia de esta Iglesia ha pasado también por diferentes modelos de representación como la figura de mis padres o de mi familia. Si en algunas etapas fue, como tampoco podía ser de otra manera, de devoción acrítica o de identificación total, en otras lo fue de contradicción interna y de desconcierto. Y ha sido la formación bíblica y teológica, la experiencia pastoral compartida en equipo, el grupo de revisión de vida, el acompañamiento —en el que también te sientes acompañado— y las celebraciones litúrgicas y sacramentales en la comunidad y en otros grupos, la reelaboración espiritual en el silencio, el testimonio de una generación anterior, probada en varios crisoles, la lectura y el estudio, el trabajo en la realidad social lo que ha hecho y hace posible vivir el momento actual desde una nueva perspectiva, más madura.

Es decir, he tenido que aceptar la realidad y vivirla desde un nuevo horizonte. La Iglesia, en su perfil institucional, ha reaccio-

1 Las citas de B. Häring son de *Las cosas deben cambiar* (Barcelona 1995) Editorial Herder.

nado con miedo, mucho miedo, ante los cambios culturales de nuestra sociedad y consigue replegarse y restaurar en muchas conciencias la idea que hemos de desandar caminos y no abrir otros nuevos. Y no escucha ya las voces de fuera de ella misma que la miran con simpatía y lamentan que el timón vire contra sus propias posibilidades y urgencias, sino que pone en duda la lealtad y el trabajo apostólico y el sentido de Iglesia de muchos de sus propios fieles y responsables. Se da evidentemente una gran distancia entre las tomas de postura oficiales ante muchos problemas de la sociedad actual y la realidad que vivimos, inmersos como estamos en el acompañamiento de personas y comunidades concretas. La cultura contemporánea europea, con sus aciertos y sus limitaciones, se percibe cada vez más alejada de una visión que, a menudo, es ajena a esa realidad y añora otros tiempos. Ese sueño imposible de algunos retrasa la urgencia de la reevangelización y frena las energías que se ponen en este propósito.

Vivir esta experiencia personal, aceptando la realidad histórica, reconociendo las propias limitaciones y decepciones, compartiéndolas sin dramatismo, trabajando ilusionadamente en el acompañamiento de personas, grupos y comunidad parroquial, es un reto que continúa anclado y fundamentado en la experiencia de Jesús y de los apóstoles. Los desajustes históricos y personales respecto a un modelo de Iglesia que no se reconoce en el Concilio Vaticano II, tanto como habíamos esperado, no pueden privarnos de vivirla con afecto entrañable pero también con amor crítico y maduro. Y comparto el deseo “*de un profundo cambio de mentalidad respecto a los planes salvíficos de Dios en su Iglesia*” (p.31) y siendo ella también expuesta a tentaciones, entiendo que “*no seremos capaces de descifrar los signos de los tiempos aquí y ahora si no lo ponemos todo bajo la luz de la revelación y, además, con una profunda y total disposición a renovar; bajo esta luz, con humildad y con valor; nuestra pesada herencia histórica*” (p.33). Cuando celebro la eucaristía en mi parroquia o cuando la pude celebrar en una de las criptas de la Basílica del Vaticano, experimento que vivo en ella la experiencia del seguimiento de Jesús. Siento gratitud y me mueve la esperanza. Es lo que he vivido y vivo en mi familia.

Josep Maria Fisa (Barcelona)

3. Cristiana a la intemperie

Guadalupe Hernández León

¿Cómo vivo y entiendo mi pertenencia en la Iglesia? Yo, ¡¡cristiana sin Iglesia!!

Que difícil la respuesta, pero qué bueno este momento para reflexionar sobre ello.

Para intentar explicar mi experiencia, lo primero, repasaré un poco mi historia. Soy madre de tres chicos majísimos y llevo casada quince años con un hombre excepcional; bueno, sensato, incondicional a los suyos y muchas más cualidades que son las que me ayudan a vivir con esperanza, ilusión y con ganas, porque a veces hay que echarle muchas ganas a las cosas del día a día.

Mi vida en la Iglesia comenzó con dieciocho años; por aquel entonces no iba a misa ni con mis padres, por aquello de llevar la contraria, ni con mis amigos que, por supuesto, no iban. Se planteó en mi casa el tema de la confirmación y no sé porqué, me apunté con uno de los grupos que se estaban preparando para este tema, todos eran más jóvenes que yo, pero encajé bien en este grupo. Nuestra catequista me hizo descubrir a Jesucristo, me enseñó a vivir con otras perspectivas, especialmente la de valorar las relaciones humanas y aprender a mirar un poquito más allá de mi familia, mis amigos, mis amigos, mis estudios. Entonces “la Iglesia” la hice “mi Iglesia”, mi Parroquia y mi otra casa; con mi otra familia que era mi grupo de confirmación. Fuimos recibiendo el sacramento de la confirmación poco a poco, cada uno cuando creía que estaba dispuesto a comprometerse con Jesús de Nazaret. Se unieron algunos al grupo, otros se marcharon como en todos los grupos de parroquia y comenzamos a caminar como comunidad.

Entonces me sentía cristiana “con” y “en” la Iglesia, que era la Parroquia. Mi comunidad participaba en el Consejo Pastoral, for-

mamos con otros una Asociación Juvenil, formábamos parte de la Pastoral Juvenil de la Parroquia; en fin, que sólo nos faltaba dormir allí. Fuera de la vida parroquial, tenía mis amigos “no practicantes” que no entendían esa entrega, aunque la respetaban; igual que yo encajaba sus críticas a la Iglesia como podía.

Como ya he dicho antes, en mi Parroquia recibí los sacramentos de la confirmación, el del matrimonio, bautizamos a nuestros tres hijos y además, el mayor de ellos recibió el sacramento de la comunión. En el periodo de catequesis del mediano, empecé a descubrir que “los muros de la iglesia están llenos de carcoma”, como bien dice mi amigo Juan Luís. Total, que antes de que se me cayera la Parroquia encima, tuve que salir corriendo porque muchos de los que estaban dentro me acompañaron hasta la puerta y también por principio de subsistencia, ya que siendo madre de tres hijos, es algo que tengo bien presente en mi vida.

Llegó el momento de la intemperie, me quedé sin Parroquia. Llevo casi cuatro años sin vida parroquial y aunque, al principio me costó y me resistía a aceptarlo, ahora creo que soy más libre y un poquito más madura. Seguí buscando las formas de celebrar y compartir la fe en comunidad. Puede parecer una contradicción, pero sigo perteneciendo a la Iglesia.

Una de nuestras prioridades era encontrar un lugar donde reunirnos, un sitio donde fuera posible el encuentro. Nuestra comunidad lo hacía en sus casas, el problema eran los otros, los chavales que seguían en la Asociación Juvenil y los chavales, que ya tienen su familia y los habíamos acompañado en su camino de fe. Esto, al principio, a mí me pareció un obstáculo insalvable; complicadísimo buscar un local, alquilarlo o comprarlo, que estuviera cerca, porque todos teníamos la opción clarísima de quedarnos en el barrio, quién se encargaría del mantenimiento, los gastos que ocasiona, etcétera... Para mí era casi un imposible, cuando es algo que se puede conseguir. Llevamos en Lakasa (el local) un poco más de un año y seguimos pensando que podemos seguir desarrollando proyectos. Por el momento nos sirve para celebrar la vida, los cumpleaños, los aniversarios de los casados, la Navidad, el carnaval, los Reyes, los bautizos; todo lo que se nos ocurre.

El acompañamiento en la fe de nuestros hijos es una de las muchas cosas que nos preocupan. La Primera Comunión de David, el mediano, junto con otras dos niñas, hijas de los que formamos esta pequeña comunidad, la celebramos en el campo y fue una bienvenida y una invitación para sentarse con nosotros a compartir la eucaristía. Ahora mismo, un grupito de ex-catequistas ha empezado a reunirse con los más mayores. De momento es un proyecto que ha comenzado muy despacito; pero, sobretodo, lo que más importa es que se está haciendo con mucha ilusión.

Hay un día a la semana que se hace un ratito de oración y una vez al mes se celebra una eucaristía con algunas de las familias de Moceop; también una vez al mes preparamos un ágape, una pequeña reflexión y luego compartimos la mesa. Los chavales de la Asociación se siguen reuniendo para preparar el campamento de verano y la cabalgata del barrio; puede que no sea mucho, pero lo importante son las ganas con las que trabajan.

Creo que mi compromiso con Jesucristo podría ir más allá, pero con todas mis sombras y con todas mis luces aquí estoy creyendo en la comunidad y en el Evangelio. Dicen que con las dificultades se crece y pienso que estando en la intemperie también.

Guadalupe Hernández León (Aluche - Madrid)

* * *

4. Cristianos sin frontera

Olga Cuesta y Carlos Mato

Nuestro sentimiento de Comunidad nació y creció fuertemente ligado a una Parroquia, Santo Domingo de Guzmán, y a través de ella a la Iglesia Universal. Era el modo de hacer cercana, comprensible y sensible aquella idea tan abstracta de “Iglesia Universal”, que sin esa expresión, quedaba muy lejos. Pero como cristiana individual y como comunidad hicimos una apuesta muy clara por la Iglesia. En diferentes ocasiones se nos ofreció la oportunidad de optar entre vivir nuestro cristianismo al margen de la vida eclesial y nunca caímos en la tentación de aceptar tales propuestas. Para nosotros la Iglesia tal y como se entiende tradicionalmente tenía su importancia y su sentido. La vivíamos como un sueño de Jesús de Nazaret que hay que construir, como una utopía al mismo tiempo transformadora y necesitada de transformación.

Durante esos veinte años, ante la Iglesia mantuvimos una postura muy crítica. Por un lado, en las cosas que hoy considero accesorias como son las formas y maneras de hacer, el papel de laicos y sacerdotes dentro de la Iglesia, la figura de la mujer, la liturgia, el compromiso con los pobres...

Estas situaciones nos interrogaban y desde las distintas comunidades y grupos tratábamos de hacer una reflexión, y luego llevarlo a la práctica, con todas nuestras limitaciones y errores que son muchos, muchísimos... y de los que no nos hemos curado. Entre ellos, nuestra proverbial desorganización de la que no hay quien nos salve...

En resumen, había cosas que no nos gustaban pero que tratábamos de cambiar desde dentro. No teníamos prisa. Nunca la transformación, la renovación fue una de nuestras prioridades porque éramos conscientes de que una institución con dos mil años de vida

no podía cambiar, y quizá no debía cambiar, de la noche a la mañana, porque eso podía producirse a un coste personal elevadísimo —sobre todo en mentalidades menos abiertas al cambio—. Así que nos conformábamos.

Pero, a pesar de estas críticas, no entrábamos en la raíz de nuestra creencia como católicos. No nos preguntábamos por qué a las parroquias sólo iban los viejos, por qué nadie (ni nosotros mismos), encontraba sentido a una Eucaristía rutinaria y lejana al concepto de ágape fraterno, por qué la Iglesia como institución tenía una imagen tan negativa en nuestra sociedad, por qué en nuestra parroquia había tan pocos pobres compartiendo con nosotros la vida cuando hablábamos tanto y tanto de ellos, por qué nuestras comunidades no eran focos de vida, por qué había que tragar con tanta milagrería, por qué existían los sacerdotes y los laicos, por qué el celibato de unos pocos elegidos como forma de vida marcaba las decisiones de la comunidad, por qué el dinero estaba tan presente en la Iglesia, por qué la transubstanciación, por qué seguía pesando la virginidad de María, por qué los sacramentos, por qué “esos” sacramentos, por qué la jerarquía tenía esa pinta tan rancia y tan antigua, por qué aquellos símbolos que nadie comprendía y que eran tan lejanos, por qué repetir oraciones mil veces dichas y nunca reflexionadas, por qué tener a un Cristo colgado de una cruz, por qué respetar una tradición por el hecho de ser tradición, por qué resurrección. En definitiva, no se trata ya de aspectos accesorios, sino de elementos que se han superpuesto de tal forma a lo fundamental que lo han eclipsado notablemente.

En fin, que vivíamos en una burbuja, calentita y cómoda... Pero como tal burbuja explotó. Primero murió nuestro párroco, Jesús Cubillo, con el que tanto discutíamos. Los que vinieron tenían la idea clara de que “lo que crecía en Santo Domingo era un cáncer y había que extirparlo” (palabras textuales de uno de ellos).

Luego nos enteramos de la existencia de otro cáncer que no éramos nosotros. Uno de los sacerdotes abusaba sexualmente de niños de la Parroquia. Tras la denuncia, la expulsión de la parroquia fue inevitable, a pesar de que hubo una oposición bastante fuerte.

En fin, ya estamos en la calle. Los directamente afectados constituíamos un grupo como de cincuenta personas más niños (que son muchísimos... y muy ruidosos). Teníamos dos posibilidades:

- Disolvernó y vernos sólo en el bar (lo que era una opción, pero un poco pobre).
- Inventar algo nuevo para seguir creciendo juntos.

Y optamos por lo segundo. Primero hicimos unas jornadas de reflexión para tratar de saber qué queríamos y cómo lo queríamos hacer. Llegamos a una única conclusión: continuar caminando juntos en torno al Evangelio. Había una pequeña dificultad. No teníamos lugar dónde encontrarnos. Y la solución fue muy fácil. Aunque parezca mentira, creo que muchos de nosotros sí que creemos firmemente en el Evangelio, y en este caso en el milagro de los panes y los peces. Así que pusimos en común nuestros panes y peces y, como en una fórmula química de esas que siempre se cumplen, apareció la resolución a nuestra necesidad: un local que pudimos comprar y que cubría nuestras expectativas (hasta tiene calefacción en invierno). También compartimos la mejora del local, los gastos que supone mantenerlo abierto y habitable, las broncas con los vecinos. Muy fácil. También es muy fácil describir lo que hacemos:

“Lakasa” (nombre elegido no sabemos muy bien porqué) es un punto de encuentro para la amistad, lugar de compartir y de celebrar la vida. Los fines de semana se llena de cumpleaños, aniversarios, concursos de tortillas, partidos de fútbol o baloncesto, o simplemente por el gusto de vernos y estar juntos.

También es un punto de encuentro con Jesucristo a través de oraciones, Ágapes, Eucaristías, Comunidades, grupo de formación cristiana para los más jóvenes...

Es la sede de una asociación que dedica sus energías al ocio y al tiempo libre de los más jóvenes a través de diversas actividades como campamentos, cabalgatas...

No hay muchas normas para nuestro funcionamiento. El local está siempre disponible para cualquier actividad. Se fuma en la

calle. Se limpia lo que se mancha y los gastos entre todos. Muy fácil. Nos comunicamos a través de Internet.

Pero lo más difícil es analizar el proceso que ahora estamos viviendo, describir cómo todo esto nos configura como comunidad/grupo en torno a Jesús, al Evangelio, y por qué no, dentro de la Iglesia.

Cuando nos echaron de la Parroquia, nos obligaron a romper también con todas esas barreras conceptuales que nosotros mismos nos habíamos puesto para salvaguardar nuestra pertenencia a la Iglesia. Ahora nos podemos hacer todas esas preguntas que antes no nos atrevíamos a hacer para no perder nuestra "catolicidad". Y lo que es mejor, nos podemos dar respuestas.

Ahora nos atrevemos a hacer las celebraciones como creemos que se deben hacer. En ocasiones somos muchos y no cabemos y en otras, somos cuatro gatos y se nos pone cara de susto. Algunas veces somos capaces de poner en común nuestra vida y, de este modo, Dios se hace presente, y en otras sólo nos quedamos en símbolos huecos/vacíos. A veces hay sacerdotes, otras no. Algunas veces somos capaces de integrar y hacer disfrutar a los niños, y en otras les mandamos al jardín, porque no lo sabemos hacer mejor.

Ahora nos organizamos como Comunidad como nos dicta nuestro sentido común y nuestras posibilidades, asumiendo la responsabilidad que nos toca a cada uno. Esto sólo seguirá dando frutos si cada persona pone lo que le toca poner: su poquito de trabajo, su poquito de ilusión, sus ganas de compartir, su poquito de experiencia de Dios...

Ahora transmitimos a nuestros hijos una fe en Jesús y en su mensaje que puede ser comprensible en el mundo que nos ha tocado vivir y además les decimos: hacedla a vuestra medida, pero no dejéis de buscar a Dios y, por supuesto, nos equivocamos.

Ahora no nos atrevemos a hablar de los pobres.

Ahora no tenemos a nadie a quien echar la culpa de que esto no sale bien o de que esto es un rollo. La responsabilidad es exclusivamente nuestra, con todo lo bueno y lo malo que eso tiene.

Ahora recorreremos un camino a la intemperie sin que nadie nos proteja, pero creemos firmemente que Dios padre/madre no nos va a dejar de su mano, aunque nos equivoquemos.

Y el futuro... Como he dicho antes, sólo seguiremos caminando en la medida que cada persona asuma su pequeña parcela de responsabilidad y así debe ser. Tengo muy claro que “Lakasa” sólo es un medio (nunca un fin) para que personas se acerquen a personas y a Dios. Seguiremos caminando en la medida que seamos capaces de hacer posible el milagro de este encuentro.

Olga Cuesta y Carlos Mato (Aluche - Madrid)

* * *

5. *El cisma, ¿por qué no?*

Joaquim Adell Ventura

I. Pertenencia, disidencia y (difícil) coherencia

1. Soy un hombre que “cree que cree” en un Dios personal que me busca, me habla, me estima, me sostiene y me invita a caminar con el mundo respetando las tres dimensiones –ética, estética y económica– de la creación (Gen 3,6).
2. Que trata de creer en Dios en un contexto diferente al del propio pasado personal, superado ya el miedo que se tuvo a perder la fe (pues fuera de la iglesia *sí* hay salvación). Mi fe es, así, *menos dogmática, más búsqueda que seguridad*, hasta el extremo de identificarme con estos versos de J.M^a Valverde: “*Señor, no estás conmigo aunque te nombre siempre. (...) Hombre de Dios, me llamo. Pero sin Dios estoy*”, ya que la identidad de Dios “se nos hurta, porque su nombre se niega a cualquier uso mágico; pero esa retirada se detiene precisamente donde el movimiento de la historia empieza a aplastar a hombres y mujeres” (Ch. Duquoc) y –lejos de ser “buen samaritano”– me resisto al encuentro con ese Dios “deslocalizado”. De ahí, el anterior “creer que creo”...
3. Que aun reconociendo agradecido “aquella iglesia” en que recibí la esencia de fe transmitida por mis padres: el amor de Dios (Providencia), la solidaridad, la austeridad, la religiosidad, la caridad..., *no cree en LA Iglesia sino en UNA iglesia* (y “en” comunidad):

“Decir ‘UNA Iglesia’ presupone que hay otras y esta afirmación quiere decir un avance en la visión de ‘LA Iglesia’. Esto no es negativo. Vamos teniendo conciencia de que la sociedad va comprendiendo la realidad de un pluralismo

religioso que antes no aceptaba y siempre se proclamaba como 'La Iglesia'. La verdadera. La depositaria de la única verdad. La Madre y Maestra.

Si no nos cerramos, y reconocemos como iglesias a las otras tradiciones religiosas como los protestantes, los evangélicos, los luteranos, ya vamos deslindando la fe del poder. Y esto es positivo. Si participamos en espacios de diálogo ecuménico e interreligioso, vamos aprendiendo a ampliar nuestros horizontes y el diálogo nos enseña a comprender que esta palabra Iglesia, fue secuestrada por el grupo que tenía su centro religioso en Roma” (M^a Pau Trayner).

4. *Que no se encuentra a gusto en la “romanidad”, no identificándome:*

- A. Con gran parte de los contenidos de la ortodoxia “oficial” (las leyes ni la doctrina) a la vez que trato de “dar/darme razón de nuestra fe” (¿cómo interpretar hoy día los dogmas o las enseñanzas del magisterio?), consciente de la importancia de “añadir a la fe, la virtud; a la virtud, el conocimiento; al conocimiento, el autodomínio; al autodomínio, la constancia; a la constancia, la familiaridad con Dios; a la adhesión a Dios, la estimación fraternal; y a la estimación fraternal, el amor” (2 Pedro 1,5-9) que hará madura y plausible mi creencia, en un trabajo siempre por hacer desde la contemplación y la plegaria, las lecturas y la reflexión compartida.*
- B. Ni con un modo de hacer que ha traicionado –pienso– el Espíritu de Pentecostés: la *unidad* (respetuosa de las diferencias, desde luego no excluyentes, en lugar de la uniformidad impuesta en Babel –Hechos 2,4); y la *igualdad*, acabando con toda discriminadora distinción: “judío/no judío, esclavo/libre, varón/mujer” (Gal 3,28). También con las diferencias entre laico/sacerdote, como bien lo entendía en su tiempo el papa san Clemente Romano en su *Comentario de la Carta a los de Corinto*.*

“Si por mi causa han surgido divisiones, discordias y escisiones, me marchó y voy a donde queráis y haré lo que la

comunidad determine, *con tal de que el rebaño de Cristo permanezca en paz*".

La comunidad, subrayo, no el clérigo ni el obispo de turno.

II. El cisma, ¿por qué no?

5. Por lo dicho, estoy convencido de que en las circunstancias actuales *la fidelidad al Espíritu llama, incluso, al cisma*, cuya posibilidad más que contemplarla como "boutade", drama y salto en el vacío cabe afrontarla, al menos, desde sus "genes" evangélicos, pues el cisma no supone vivir valores distintos a los de la comunidad cristiana de los orígenes (cismáticos, no se olvide) sino su recuperación, desdibujados en el tiempo. Es la opción por una iglesia testimonial y profética, una iglesia sin poder, arraigada no en un sistema religioso cerrado sino como una religión viva capaz de generar esperanza. Y cuando las reformas "fundamentales" no tienen lugar, ¿no será tiempo de cumplir el consejo evangélico de sacudirse el polvo de los pies (Mt 10,14), cosa en mi caso –sacerdote secularizado– más fácil (al menos en teoría, por lo que más adelante diré) desde que quedé privado de toda responsabilidad "eclesiástica", aunque no por voluntad propia sino por mandato de la ley canónica?

Cisma, por otra parte, que aun "silencioso" es ya real entre nosotros, pues "allí donde un sistema autoritario no permite el abandono externo de la religión oficial, la renuncia tiene lugar interiormente" (H. Küng), renuncia "interior" asumida indudablemente por muchos Galileos de hoy día, aunque se tema hacerla aflorar con todas las consecuencias, especialmente por parte del estamento presbiteral –y episcopal, también (recuérdese el taranconiano diagnóstico de "tortícolis" de tanto obispo)– afrontado al dilema libertad/seguridad como se hizo patente en el reportaje sobre "Los otros curas" publicado en *El País Semanal* (n. 1577, 17-12-06): "Ojalá fueran los laicos los que tomaran la iniciativa... *Pero nos da miedo*" (Emiliano de Tapia, p. 59). Ése es el problema: por un lado, *el miedo a las represalias de la jerarquía*, como prueba el amplio número de sacerdo-

tes que participaron en dicho reportaje exigiendo el anonimato. Y, por otro, *el miedo a romper la unidad* (¡ese miedo que decían tener los obispos “progresistas” en tiempos de Morcillo y Guerra Campos y que tanto mal hizo a la iglesia española en la llamada “crisis de estatutos de la Acción Católica”!), *el miedo a dividir la comunidad, a escandalizar...* que, tal vez, oculta *otro miedo más profundo: el de la ruptura del cordón umbilical con LA Iglesia en la que se ha puesto toda la vida*: empleo, afectividad, ocio (“¿qué pintamos fuera de la Iglesia, se preguntan?” (EP[S] p.61), tal vez anclados aún inconscientemente en lo que se inculcó de niños: “fuera” no hay salvación...). Ni fríos ni calientes, trabajando con discreción “a su aire” y “toreando como se puede las consignas de los obispos” a la espera –sin esperanza, pues sabido es que los Juan XXIII son siempre “un error” en la historia– de un cambio jerárquico o tristemente resignados a las tareas de simple “funcionario”. ¡Qué difícil la respuesta a la interpelación de aquella joven pareja en mis tiempos de párroco: “Pensando como piensas, ¿qué haces dentro de la Iglesia?”. ¡Qué difícil el equilibrio y coherencia entre *pertenencia y disidencia*, sin caer en la esquizofrenia! Es el “cisma silencioso” (cfr *Adista* n. 81, 18-11-06) de quienes –clérigos y laicos: “Somos Iglesia”, “Dones creients”, “Redes Cristianas”, “Católicas con derecho a decidir”, etcétera– sostienen ser tan iglesia como el que más y, en todo caso, “que me tiren si quieren, pero yo no me voy”, refugiados en un a modo de pequeños reinos de taifas (¿guettos, en la práctica?) en incómoda y virtual comunión eclesial...

6. Convencido, pues, de la importancia, riesgo y ¿necesidad? del cisma, pero:

A. Sin confundir lo absoluto: Cristo (cabeza del “cuerpo”, y no el papa) *y lo relativo*: las formas históricas de iglesia, también en sus rupturas cismáticas (la iglesia de Roma, de Corinto..., y de Lutero, de Lefèbvre...), como testimonia san Agustín reflejando un tiempo en que el cisma parece ser estaba a la orden del día:

“Os recomendamos por encima de todo la caridad no sólo entre vosotros sino también con los que están fuera, lo mismo los paganos que con aquellos que se han separado de nosotros y que confesando con nosotros la misma cabeza (Cristo), se encuentran separados. Son nuestros hermanos, lo quieran o no. Dejarán de ser nuestros hermanos sólo si dejan de decir “Padre nuestro” (...) Quizá nos digan: “¡Fuera, no queremos relaciones con vosotros!”. Pero nosotros sí que tenemos que ver con vosotros; confesamos al mismo Cristo y hemos de formar parte del mismo cuerpo bajo una misma cabeza. (...) Os conjuramos a que derramáis hasta la última gota de vuestra caridad por quienes... son nuestros hermanos, celebran los mismos sacramentos, no con nosotros pero sí los mismos; y responden con un mismo “amén” no en nuestra compañía, pero sí con un mismo amén” (San Agustín: *Comentarios sobre los salmos. Ps 32,29*).

¿Acaso —me pregunto— en la casa del Padre no hay “muchas moradas”?...

- B. *Afrontando el vértigo de la separación*: todos tenemos nuestros miedos y conciencia de las propias fuerzas. Personalmente, a la hora de sacudirme “el polvo de las zapatillas”, carezco de aquella virtud, conocimiento, adhesión a Dios y estimación fraterna recordadas más arriba en cita de 2ª Pedro. Todos tenemos —tengo— una comunidad que da seguridad y ¿explica, justifica? el temor a escandalizar que, quizá, oculta otros humanos temores... Es aquí donde me pregunto: ¿qué sucedería si obispos y profetas “católicos de virtud y ciencia probada” (por citar ejemplos, un Küng o una Asociación de Teólogos Juan XXIII, un Casaldáliga o un Gaillot, un Jon Sobrino o una comunidad parroquial de Entrevías, una Dolores Aleixandre o un Vicente Ferrer...), hartos de la hartura, promovieran un cisma sin miedo a romper una unidad (que, de hecho, no es tal sino sumisión a la uniformidad), *pero coordinando comunidades y manteniendo un mismo “amén”*, es decir, superando el riesgo del guetto y

respetando la apostolicidad y la Tradición recibida? A la luz de los casos de Lefebvre y Milingo no creo que resulte fácil predecir el impacto que ocasionaría un cisma, llamémosle así, “de izquierdas” o progresista. Ni el número de seguidores y viabilidad a la larga (sería cosa de probar, ¿no?). Roma, ¿reaccionaría promoviendo un nuevo proceso conciliar, por ejemplo? ¿O, por el contrario, anatematizando y tachando a sus promotores de “lobos crueles que hablan cosas perversas para arrastrar a los discípulos tras de sí” (Hechos 20, 29-30)? ¿O callando y esperando discretamente en el futuro la acción discernidora del Espíritu (Mt 13,24-30)?...

Y en cuanto a mí respecta, ¿les seguiría, reafirmada mi esperanza? ¿O continuaría inmerso en ese “movimiento inmóvil”, como ha descrito J. García Roca, propio de “una atípica ‘herejía sentimental’ con la diócesis. Una desafeción tan profunda que ya ni siquiera despierta expectativas la llegada de un nuevo obispo” (*Saó* n. 311, p.29) —un nuevo papa, cabría añadir—, dejando que el tiempo solucione las cosas, pues —y es otra de las razones para así “no” hacer— a la corta o a la larga en el cisma se repetirían los errores institucionalizando y traicionando la ruptura de ahora? Mi respuesta es que nuevos, sucesivos cismas surgirían en el tiempo manteniendo viva la fidelidad al Espíritu, en respuesta a cada momento histórico. En conclusión, *creo en UNA iglesia santa, católica, apostólica y... cismática* (no romana). Es decir, *el cisma, como factor y fruto de renovación de fidelidades y como una de las “notas” de la Iglesia...* Creo en “las iglesias”, no en LA Iglesia.

7. Por último, si bien está denunciar esa infidelidad estructural al Espíritu (que acaba secuestrando las esperanzas de cambio) también lo es cuestionarme *hasta qué punto yo mismo vivo con naturalidad en la comunidad de base de la que formo parte, los valores evangélicos* que la primitiva Iglesia fue incorporando a su modo de sentir y hacer, fruto de la unidad e igualdad inaugurada en Pentecostés. A saber:

- *La familiaridad con Dios*: Karl Rahner advierte del riesgo de poner el acento más en el grupo (atendiendo a su organización, su modo de vivir, su discurso...) que en el propio Espíritu, “que nos hace exclamar: ¡Abbá, Padre!” (Rom 8,15).
- *La fraternidad*, incompatible con cualquiera pretensión de dominar unos sobre otros: “No llaméis a nadie “padre”, ni “maestro”, ni “señor” en la tierra, porque uno solo es vuestro Padre, Maestro y Señor: el del Cielo. Y vosotros sois todos hermanos” (Mt 23,8-10).
- *El servicio mutuo*: “Servíos por amor los unos a los otros” (Gal 5,13).
- *Compartir los bienes materiales*, de manera que “ni a quien recoja mucho le sobre, ni a quien recoja poco le falte” (2 Cor 8,15).
- *El amor generoso*: “Os doy un mandamiento nuevo: que os estiméis unos a otros como yo os he estimado” (Jn 13,34).
- *El compromiso por edificar otro mundo posible y mejor*; porque el fin último de la misión de Jesús no fue establecer LA Iglesia, sino el Reino de Dios (Lc 4,18-19).
- ...

* * *

... por todo lo cual, cuanto he dicho hasta aquí acaba siendo una interpelación a la propia transformación personal y maduración en la fe que me lleve, sin miedos, “a adorar a Dios en espíritu y en verdad” (Jn 4,23). ¿Amén?...

Joaquim Adell Ventura (Valencia)

* * *

II. MEDITACIÓN SOBRE LA IGLESIA

Luis Briones

Conscientemente he puesto este título a estas reflexiones. Evoca, como sabemos, el título de la obra que H. de Lubac escribió a raíz de sus dificultades con la Iglesia que condenó opiniones teológicas suyas y lo apartó de la enseñanza de la Teología. Esta crisis le condujo a ahondar desde la fe, la humildad y la libertad en el misterio de la Iglesia y del “estar” en ella. La obra citada fue el fruto de esa reflexión. ¡Ojalá también el esfuerzo que estamos haciendo en este número nos conduzca a vivir este aspecto de nuestro ser cristiano como le gusta a nuestro Padre Dios.

En este número dedicado al espinoso tema “¿*Cristianos sin Iglesia?*” me ha tocado “situar” algunas experiencias de personas que han expuesto situaciones de conflicto en la Iglesia y cómo las han ido o van viviendo y “dándole salida”. El leerlas me ha hecho revivir mis propias vivencias en este terreno, que arrancan de muy atrás en el tiempo, pero que siguen (y a veces se agravan) en el día de hoy. Como hay que pensar sobre lo vivido, evocaré brevemente mi experiencia.

Arrancan estas dificultades desde muy atrás. Eran los primeros 70, y acababa de llegar yo a Sevilla, al Centro de Estudios Teológicos, con los seminaristas de Córdoba, en equipo de formadores con dos queridos compañeros. El ambiente que reinaba allí, con varios seminarios y teologados de órdenes religiosas, con un claustro de profesores joven y abierto a las realidades del mundo que nos rodeaba (era fuerte todavía el impulso del Concilio y de Juan XXIII), y en medio del ambiente ilusionado y de lucha de la

Luis Briones (Córdoba), es párroco y miembro del Consejo de Redacción de FRONTERA.

transición política española, y la influencia de misioneros (sobre todo del IEME), que desde América Latina traían el impulso de Medellín y de la Teología de la Liberación, me hicieron descubrir otro modo nuevo de sentir la fe, la teología y la Pastoral. ¡Gracias a Dios, porque eso me hizo posible mantener la fe, al poderla vivir como hombre de mi tiempo! Siempre doy gracias por ello a Dios y a los que me ayudaron.

Pero tuvo una contrapartida: me hizo entrar en contradicción con muchas posturas “oficiales” de la Iglesia. Hasta tal punto que en una de las vacaciones de Navidad, por el 73 o 74, me retiré una semana a un convento para plantearme la pregunta: “¿Cómo puedo seguir dentro de la Iglesia pensando y sintiendo como siento? ¿No tendré que plantearme “salirme” de la Iglesia?”. Estas preguntas eran serias y creo que me sentía dispuesto a ser coherente, aunque pudiera ser tan difícil.

Lo que entonces vi fue que la solución no era “salirme de la Iglesia”, como se me estaba ocurriendo, sino permanecer en ella, aunque fuera en postura crítica. Más adelante me extenderé en los porqués. Así he seguido y no han faltado los conflictos, algunos muy serios, que he ido resolviendo como mejor he visto. Ésa será mi aportación personal después de hacer la síntesis de las monografías presentadas.

Desde este fondo me pongo a escribir. Por eso mi aportación para “situar” las experiencias personales de las personas que nos han regalado su intimidad palpitante en este terreno tan íntimo, va a ser también peculiar. No va a ser “fría” o teórica. Voy a poner a su lado mi propia experiencia y el punto adonde yo he llegado con mi búsqueda que, como la suya, la siento honesta. Y luego añadiré algunas reflexiones teológico-personales de personas que me merecen confianza en el terreno doctrinal y personal y que me han dado luz satisfactoria en este problema. Y las apporto porque, lo mismo que me han dado luz a mí, pienso que pueden dar luz a otros.

Por eso mi aportación va a tener tres partes: Primera, unas “anotaciones” a las anteriores monografías; segunda, la exposición de mi propia postura personal o manera de ver y sentir el asunto. Y tercera, algunos párrafos de dos teólogos que me han dado luz.

Primera Parte

Algunas “anotaciones” a las monografías

Lo que voy a hacer es señalar ideas y sentimientos que se me han venido al leer de corrido estas monografías.

Y antes de nada, confesar: *me conmueven por la sinceridad y por la honestidad* de manifestar las propias dudas, los sufrimientos y la coherencia de las búsquedas e intuiciones. Se experimenta ante todo un sentimiento de gratitud. ¡Ojalá todos expresáramos con la misma honestidad las propias dudas, búsquedas e intuiciones! Incluidos los obispos, como luego señalaré: ¿no las tienen?

Por otra parte, es obvio que no voy a hacer ningún “juicio teológico”. Ni es eso lo que se supone que es este sencillo comentario, ni se me ha pedido, ni yo me sentiría con capacidad de hacerlo. Ni sé si es lo que hay que hacer, al menos así formulado.

¿Qué pretendo, pues? Sencillamente identificar y *señalar elementos dignos de atención para que todos reflexionemos*:

- *intuiciones* que aparecen en esos testimonios,
- *preguntas* pertinentes que en ellos se hacen,
- “*toques de atención*” que suponen para todos,
- puntos muy concretos de cuestionamiento para necesarios *cambios* en la Iglesia.
- algunas *reticencias o perplejidades* ante algún punto concreto de los que aparecen en las monografías.

* * *

1. Hay que salir al paso de una posible insinuación: ¿Son representativas?

Es verdad que por el número de las monografías y por su orientación se podría decir que no son suficientemente representativas. Eso, que sería una grave objeción en el supuesto de una “encuesta sociológica”, no es pertinente aquí, pues se ha tratado más que de sacar conclusiones de ellas, de que sirvan para plantearse la pregunta que, precisamente, da título al número: “¿*Cristianos sin Iglesia?*”. Por otra parte, es cierto que esas posturas son hoy más frecuentes de lo que pudiera parecer en muchos ámbitos de nuestra Iglesia.

2. *La importancia creciente en la Iglesia, de los laicos, las comunidades, el pueblo de Dios.*

La historia de Aluche, que aparece por dos vías distintas, pone en primer término una cuestión candente e importante: Emerge en nuestra Iglesia, aunque sea a trancas y barrancas, la presencia de los laicos, del pueblo de Dios, de las comunidades. Y eso parece como imparable, a pesar de los frenazos, y por otra parte como la gran esperanza para el futuro de la Iglesia. ¡Es la gran aportación del Concilio Vaticano II!, y va hacia adelante. De diversas maneras, a veces muy distintas, pero cada vez tiene más importancia los grupos y comunidades. Y la Iglesia es lo que son sus grupos.

Hay, pues, que fortalecer esa línea de evolución de la Iglesia. Una Iglesia donde *también* la comunidad y los laicos tengan su peso: fortalecer las comunidades, fortalecer su formación bíblica y teológica —en esa medida serán adultos y se irá admitiendo su influencia—, ir estableciendo su presencia en la toma de decisiones pastorales...

Cierto que esto conviene hacerlo sin extremismos, sin “querer darle la vuelta a la tortilla”, sin cambiar datos esenciales de la Iglesia. Habrá que hacerlo en conexión con el mantenimiento de elementos esenciales en ella, como los ministerios jerárquicos. *No se trata, pues de sustituir, sino de sumar e integrar, haciendo una síntesis nueva, la indicada por el Concilio.*

Y tener la sabiduría de hacerlo por pasos: Los consejos pastorales de la parroquia y de las diócesis, activos y tomados en cuenta, la toma en consideración de formas nuevas e imaginativas para la elección de párrocos y obispos, la toma en serio de las responsabilidades de los catequistas y de otros ministerios parroquiales...

3. *Un clamor compartido: La Iglesia de hoy tiene que cambiar fuertemente, aunque, eso sí, manteniendo en lo esencial la fidelidad a lo recibido en tradición.*

Cambiar básicamente en varios frentes importantes. *Primero*, y originante, *en su modo de situarse frente al mundo y a la cultura* de hoy, origen de muchas de las dificultades en la formulación de la fe y de los modos de situar las costumbres. Volver al espíritu de

Juan XXIII, de optimismo y confianza, críticos sí, pero abiertos. *Segundo, en el modo de organizarse*, como Iglesia pueblo y familia con diversos ministerios y carismas, más de acuerdo con el modelo del Vaticano II, y no con el anterior que requiere recuperar.

La cuestión, sin embargo, está en cómo nosotros promovemos ese cambio, si empujando desde dentro o situándonos, teórica o prácticamente, “desde fuera y disparando”. Algunas veces en los grupos o movimientos contestatarios de hoy se dan estas actitudes. Simplemente constato, por ahora.

Pero en cualquier caso, la afirmación es fuerte y clara: *es necesario una reforma de la Iglesia, más hacia el Vaticano II*, tal como se vivió con gozo en su desarrollo, como aquella “primavera de la Iglesia”.

4. Una Iglesia que dé acogida a diversas sensibilidades.

Hay en una de las monografías un apunte interesante sobre la realidad, que hace pensar: “La Iglesia es actualmente *un encuentro de muchas personas de muy variadas tendencias y procedencias*.”

Y esas diversas personas y grupos suponen también *diversas sensibilidades*.

¿Cómo se sitúa la Iglesia dirigente, la jerarquía, respecto a estas diversas sensibilidades? ¿No cabría una forma diferente?

Al hilo de las monografías surgen ideas. Por ejemplo: Gustaría sobre todo “*una Iglesia muy respetuosa con las conciencias personales*. Quiero decir que ha de mantener un silencio, atento y amoroso, sobre temas morales para no atormentar las conciencias”. Hay que recordar, con todo, que el Magisterio jerárquico, en ocasiones, debe hablar y no callarse —ésa es su responsabilidad—, con claridad y sencillez, pero quizá no en tantas ocasiones como lo hace, y con humildad y sencillez, como señalando y no tantas veces condenando.

Pero, además, *¿no ha habido siempre en la Iglesia lugar para diversas sensibilidades?*

Salvando las cuestiones esenciales en la fe y en las costumbres siempre ha existido en la vida de la Iglesia una diversidad (¿no es esto un cierto “pluralismo”, palabra que asusta?). Por ejemplo, en

el campo de la “ortopraxis”, en concreto en el terreno de la “austeridad” o “pobreza”, o en el de la cercanía a los pobres y a sus problemas, terreno esencial para ser la Iglesia de Jesucristo. ¿No se han admitido y se admiten en este punto diversas prácticas y diversas sensibilidades? ¿Son lo mismo los grandes capitalistas oficialmente cristianos que los Hermanitos de Foucauld? Ciertamente y más que cierto que hay “amplitud de espacios”. Y aunque el Magisterio jerárquico siempre ha señalado y señala el ideal de Jesús y la perfección (¡y es su mérito, mantenerlo!), en la práctica acoge diversos modos de vivirlo, sin condenar. ¿No es aplicable esta forma de actuar a otros terrenos sea en el campo de la praxis cristiana o en el de las mismas formas de expresar la fe, la teología y las formas del mensaje evangélico?

El ministerio pastoral de los obispos ha actuado con frecuencia con esta comprensión que busca habilitar espacios en la gran Iglesia para la diversidad de sus hijos fieles pero diferentes. Recuerdo siempre (era yo entonces profesor de Moral en el Seminario y en el Centro de Estudios de Sevilla, CET, y estaba muy sobre estos temas) la forma en que el episcopado belga hizo suya y presentó la encíclica *Humanae Vitae*, de tal manera que cupieran en ella y en sus orientaciones personas y grupos que tuvieran dificultades en aceptarla. Dijeron que era “crear espacios en la Iglesia para ellos”, sin necesidad de que “tuvieran que irse de ella”.

A esta luz me viene a la memoria la monografía de Olga y Carlos y otros casos de comunidades vivas que conozco, entusiasmadas con Jesús y con llevar el evangelio a los jóvenes y a los pobres y que encuentran dificultades a veces por ideas no del todo coincidentes con su obispo, a veces simplemente por sospechas que han llegado por denuncias. Y pienso: ¿tan difícil le sería a un obispo entrar en diálogo y habilitar un seguimiento especial con estos grupos, y habilitar formas específicas, diversas, para ellos, todo menos perder esta riqueza de fe de juventud para la Iglesia y para el futuro? ¿No son las diversas órdenes y congregaciones religiosas formas diversas y a veces encontradas con la pastoral del obispo local? Y sin embargo garantizan formas diversamente ricas de servir a Jesús y su mensaje.

¿No podrían desarrollarse, con cariño, imaginación, prudencia y el necesario seguimiento, algunos modos nuevos de conexión y de comunión con la gran Iglesia, con la Iglesia diocesana? Por ejemplo, mediante algún presbítero que fuera el nexo de unión y de garantía o alguna conexión con determinada parroquia que, respetando el ritmo de la comunidad, fuera estableciendo vida en común... ¿No hacen eso los grupos de neocatecumenales y no siempre sin dificultades?

En resumen, sería aguzar todos los recursos y toda la imaginación, por ambas partes, para que se obtuviera lo único importante: que no se pierdan personas y comunidades que buscan a Jesús y su camino.

Por supuesto, manteniendo lo esencial. Pero ¡son tan pocas las cosas esenciales, aun en la misma teología clásica! ¡Tendemos tanto a ampliarlas!

5. No “seguir con lo de siempre, aguantando o pasando”, pero ¿el cisma?

Hay en una de las monografías una indicación fuerte: No se puede seguir con un modo de vivir la fe en una comunidad que no le gusta a uno y que uno cree que está traicionando el evangelio: no se puede seguir vergonzantemente, por miedo a las consecuencias, “aguantando”, “pasando”, “sin esperanza”, “resignados”....

Es una llamada fuerte a buscar cauces de renovación que no sean seguir con los de siempre, arrastrándolo. Es una llamada a la novedad del Evangelio de nuevo, sin resignarse ya para siempre hasta que nos muramos de consunción, personalmente y como Iglesia.

Es lo que tantas veces en la Iglesia ha pasado sobre todo en tiempos de las grandes reformas, y muy en particular con las grandes órdenes y congregaciones religiosas. ¿Qué supuso el franciscanismo, el monacato, las grandes órdenes del siglo XVI, y en especial los jesuitas, la infinidad de congregaciones del siglo XIX, los Movimientos apostólicos?

Este testimonio es una fuerte interpelación personal y a los grupos. Una interpelación hecha desde la honestidad y limpieza. A mí me conmueve: es una bella muestra de fe.

Pero... ¿no hay otra opción que no sea el cisma? Sinceramente creo que sí la hay, y sin que eso sea esquizofrenia, ni miedo, ni pequeños reinos de taifas, ni vivir “a su aire”. Creo que es posible unir fidelidad y pertenencia con discrepancia y renovación. Por supuesto, con sufrimiento, con humildad, con paciencia, con libertad y fortaleza, con aguante, con humor. Con esperanza en Dios y en el Espíritu siempre presente en la Iglesia. Con amor a los de enfrente.

6. Un último sentimiento entre la seriedad, el humor y el cariño:

Los obispos ¿no dudan nunca ni atraviesan crisis?

Los creyentes de hoy, al menos muchos de nosotros, sufrimos mucho con todo lo que estamos reflejando de la Iglesia. Y vamos buscando y resolviendo las cosas como podemos. Y por eso nos preguntamos: Las instancias jerárquicas, los obispos y el Papa. ¿pasan también sus crisis por las posturas que ellos deben tomar? ¿Todo lo ven claro? ¿No tienen dudas? ¿No sienten también las mismas dudas que han aparecido en estas monografías y que tantos creyentes compartimos? ¿No deberían, si las tienen, manifestarlas y no ocultarlas? ¿No los sentiríamos más hermanos y nos costaría menos aceptar sus posturas? ¿No estaría bien que se pusieran a tiro para intercambiar razones, dudas, perplejidades? Aunque luego al final expresen un modo de resolver las dudas o crisis que sea muy distinto. Ya sería mucho saber sus crisis. Nos ayudaría a ese paso último al que siempre se nos invita de confiar en el Magisterio y en la gracia de Dios para ejercitarlo debidamente y guiar a la Iglesia.

* * *

Segunda Parte

Qué veo y qué siento yo personalmente respecto de mi “estar” en la Iglesia

Como dije, mi aportación va a ser simplemente exponer cómo, después de dificultades sentidas para estar en la Iglesia en estos años, y también actualmente, con la honradez que puedo, con sufrimiento y confusión muchas veces, pero también con paz y con alegría, que es la que prevalece, intento permanecer en el grupo de Jesús, animado por su Espíritu, que para mí es la Iglesia, en la que nací y en la que vivo. A pesar de todo.

Voy a exponer en puntos escuetos y breves cuál es en este asunto mi sentir actual que deseo poner en práctica, aunque no siempre actúa uno en la forma en que siente.

Quiero advertir honradamente desde el principio que con toda seguridad en la forma a que he llegado de enfocar mi “estar” en la Iglesia influyen varios factores concretos que enmarcan mi vida: soy párroco de una parroquia en una barriada popular de Córdoba, con alguna zona de marginación. Mi vida está ligada desde hace mucho tiempo a estas gentes sencillas y a otras que desde hace años caminamos juntos, siendo referencia unos para otros en nuestra fe y en nuestra permanencia. Sin duda, estos factores hacen que mi situación vital me incline a determinados enfoques que serían diferentes muy probablemente si mis circunstancias fueran diversas. Qué sentiría, por ejemplo, si hubiera nacido en Bombay o en Arabia o en Marruecos; o, con más realismo, si no tuviera responsabilidad en una parroquia, si me hubiera “salido” de cura y estuviera de cristiano no tan oficial, y por tanto no “presionado”... Soy consciente de todo eso.

Pues bien, desde lo que soy, consciente de que hay motivos y razones que pueden inclinar a posturas diferentes y respetándolas, pero sopesando esas razones, he ido llegando a un modo de sentir que me va llevando en la vivencia de cada día, sin excluir periódicas crisis y replanteamientos porque vuelven a surgir dudas y me obligan dolorosamente a volver a repensar las cosas. Y sin excluir que no siempre la práctica concreta responde a lo que siento, bien por defecto bien por exceso.

En los puntos siguientes resumo mi posición:

1. *Que yo “no me salgo” de la Iglesia, ni teórica ni tampoco prácticamente:*

Por salirme “teóricamente” entiendo hacer un planteamiento expreso, aunque fuera sólo internamente, de decir “no quiero estar en este grupo, en esta comunidad, en esta organización, me considero desligado de ella, la abandono”. Por salirme “prácticamente” entiendo obrar de tal manera que en la práctica no mantenga lazos de relación y unidad y comunión, sino que “vaya a mi aire” en todo: en lo que piense, en lo que haga, en cómo me organice, sin tener en cuenta lo que se mueve en la Iglesia en sus diversos estratos ni sentirme concernido por ella. Este último modo de “salirse”, en la práctica, afecta a muchos, incluso clérigos.

Por lo tanto al decir que “no me salgo” afirmo que quiero vivir en ella, con alegría, con fuerza —como quiero en todas mis cosas—, disfrutando de los bienes que me ha dado y que me da (¡casi todo lo que soy, en el orden humano y en el divino!). Y también, por otra parte, vivir en su vida concreta, sin excluirme y “cargando” con las muchas cosas que no me gustan, sin aprobarlas (como por otra parte “cargó” con las mías propias, también sin aprobarlas y consciente de que me humillan). Cargar con su historia, con sus luces (¡tantas!) y sus sombras (también muchas), cargar con su situación presente, en su complejidad: el querido papa Juan XXIII y Benedicto XVI, el esplendor y el gozo del Concilio Vaticano II y el trabajo de derribo de estos años. Como ha pasado desde el principio.

Quiero vivir en su vida concreta, es decir, participando de su vida, de sus iniciativas, de su comunión concreta con las personas de mi diócesis, desde el obispo hasta el último fiel, de todo el orbe católico, desde el Papa hasta cualquier creyente sencillo, participar de su enseñanza, de su liturgia, de la riqueza de su caridad y amor a los pobres y saber que tengo que cargar también con tanta burocracia escandalosa en las alturas y en las bajuras y cargar con sus avatares todos. Es mi comunidad, es mi casa, y por mucho que me disguste, aquí estoy en ella y gracias a ella. Si la abandonara, no sentiría que estoy en el camino de Dios y de Jesús, sino en algo que

yo me estaría inventando. Pasa lo mismo que con la familia: he nacido en ella, soy lo que soy por ella, la quiero, algunas cosas no me gustan (muy pocas en mi familia real), pero es mi familia y siempre iré con ella, aunque trabaje por mejorarla.

Y mis razones para esta postura casi son las mismas que me devolvieron en aquella primera crisis de los años 70:

a) Por razón de “origen” y de “enraizamiento”

Mi fe en Jesús y en su camino, que es la esperanza y la vida de mi vida, la he recibido yo *en esta Iglesia*, que, cuando empezó a comunicarme su tesoro (mi niñez, adolescencia y juventud en los años 40 y 50, ¡qué tiempos eclesiales, Dios mío!), ya arrastraba tanto atraso, superior al de ahora, pero también tanta santidad y tanta fidelidad a lo esencial. La Iglesia es un inmenso pueblo, un río inmenso, salido desde el Jesús histórico y Resucitado y desde aquella bendita generación apostólica, que dio paso a generaciones y generaciones, pueblos y familias, que todas han compuesto una única, ésta que me ha dado a luz a mí. Unas generaciones hechas de santidad y luz y de pecado y errores. Pero a través de ellas en la Iglesia nos ha llegado —y sigue llegando— el gran tesoro, “Jesús”, y con Él, el Padre y el Espíritu, el Misterio de Dios, y “El Proyecto” de vida para la Humanidad y el Universo, y su evangelio íntegro, aunque ese Proyecto y ese evangelio la juzgue a ella misma. ¿Cómo puedo yo buscar o inventar por mí mismo el camino de Jesús?

Todavía la relación con “Dios” la podría yo “rastrear” a tientas por mí mismo; pero la revelación de Jesús, espejo definitivo de Dios, me ha llegado por esta larguísima cadena de mi fe: mis padres, mis abuelos, los curas de mi niñez, los jesuitas del Seminario, la Compañía de Jesús, la tradición franciscana, las otras tradiciones, los Padres, los evangelios, toda la evolución riquísima y llena de luz y de traiciones de la Iglesia. ¿Qué sería yo sin haber nacido y estar en esta comunidad, en esta familia?

Si me salgo de esta Iglesia, ¿qué hago yo solo? Y si me uno con otros descontentos como yo y disidentes, ¿es que van a tener más “santidad” y más “vida cristiana” que esa masa de mujeres y hombres que componen la actual Iglesia católica? ¿No sería básica-

mente lo mismo, una mezcla de aciertos y errores, de luz y vida y de sombras y miserias? ¿Qué sentido tiene entonces “salirse” para formar algo igual y sin base ni fundamento? ¿No valdrá más la pena quedarse, cargar con las miserias comunes y trabajar desde dentro para la purificación de nuestra casa? ¿No es esto el gravamen que lleva consigo la necesidad de una institución que dé permanencia a la comunidad de fe, sin la cual ésta no seguiría, pero que lleva consigo el cargarse de miserias, que hay siempre que estar reformando?

b) Por razón de la masa sencilla con la que vivo

Me refiero en primer lugar a la gente que forma la comunidad cristiana (el intento de ella, por el que a diario nos esforzamos, y que en parte algo vamos viviendo con gozo) de la parroquia en que estoy, y en segundo lugar, y en estrecha unión con nosotros, a toda la gente del barrio que, sin estar en grupos de comunidad ni ser asiduos a la eucaristía, centro de nuestra vida, que nos lleva a la vida, sin embargo acuden a sus bautizos, a sus funerales, a su iglesia, y van percibiendo y viviendo un modo de sentir y vivir a Dios y a Jesús y de entender la vida y vivirla comprensible y agradable. También me refiero a otras gentes que, sin ser del barrio, participan con nosotros de este rincón de referencia a Jesús y su Dios y su camino, que humildemente va siendo nuestra parroquia, sin que uno se explique el porqué, pues va más allá de lo que hacemos y es claro que es gracia de Dios, que se está llegando a nosotros.

Pues bien, esta gente nunca se plantea “salirse de la Iglesia”, en ninguno de los dos sentidos, ni teórico, ni práctico. Y sin embargo muchos de ellos, si no todos, incluidos los más cercanos, son profundamente anticlericales y critican mucho de la Iglesia de hoy y se sienten extrañados y a veces escandalizados de las posturas de mucha gente de Iglesia de hoy y de los obispos y del Papa. Pero no se plantean “irse de las Iglesia”, sino que siguen acudiendo a ella para recibir su fe y el alimento de su vida cristiana y su referencia a Jesús, a María, a Dios Padre, al camino de Jesús.

Y es por eso que esta realidad se convierte para mí en otro motivo fuerte para “seguir”. A saber: Me siento ligado a esa fe y a per-

sonas así y no haría nada que las trastornara y que trastornara el camino hermoso que llevamos (y mi abandono trastornaría) a no ser por una evidencia total, que no tengo, sino más bien lo contrario. Más aún, me impresiona el instinto de fe de la gente sencilla, como mis padres, mis antepasados, tanta gente buena que me transmitieron a Jesús vivo y su mensaje, y que siguen viviendo en esta Iglesia como en su casa, aunque sientan libertad para criticarla, porque saben cómo es Jesús y Dios.

Prefiero, pues, seguir marchando con esta gente, que no constituirme, con unos pocos escogidos, fuera y lejano de estas personas.

c) Por el ejemplo de grandes creyentes, pasados y presentes

Me refiero a creyentes que, encontrándose con una Iglesia que no les gustaba, y sintiéndose incluso algunos de ellos perseguidos injustamente por ella, no se salieron, sino que permanecieron, a veces muy humillados. Su permanencia fue en muchas ocasiones semilla de fruto para el futuro. No me detengo más a explicarlo porque en la tercera parte aportaré textos de Víctor Codina que lo desarrollan. Pero ésta es también para mí una luz grande.

- *Son argumentos desde la vida, con valor teológico:* Quizá a primera vista se pueda pensar: estos tres argumentos o razones citadas no parece que sean argumentos o razones “teológicas” o de revelación, sino razones de tipo de hecho o prácticos. Como si tuvieran menos valor. Y sin embargo creo que son razones profundamente teológicas o de revelación. Porque ¿dónde se reveló Dios? ¿Dónde se fue viendo lo que Dios quería en Jesús (que eso es su revelación)? Dios se ha revelado en la Historia, en hechos históricos, los hechos de la vida de Jesús. En su vida, en cómo se fueron desarrollando los hechos.

Y los hechos se desarrollaron así: Salió Jesús a dar a conocer “el designio” de su Padre, su Proyecto (“el Reino”). Se acercó a las gentes y se lo fue anunciando. Y juntó en un grupo, junto a sí, a los que iban dándole su adhesión por la fe y el seguimiento. Ese grupo era ya el comienzo del Proyecto: una familia nueva que encarnara aquella vida, que llevara adelante aquella vida y la siguiera ofreciendo, agregándose a ella los que quisieran y creyeran: “Id y

haced discípulos de todos los pueblos, bautizándolos para consagrarlos al Padre y al Hijo y al Espíritu Santo”. Así, en esos hechos se formó esa familia, por cierto *llena de defectos y contradicciones ya entonces*: y es esencial pertenecer a esta familia de Jesús, que se desarrolla y se prolonga en la Historia, con sus luces y sus sombras, como antes recordamos: *es en ella donde nos incorporamos al Proyecto de Dios*. Y esos hechos es lo que narran y *hacen presente* los evangelios, la fuente fundamental de la teología, fundamento de nuestra fe: el relato de los hechos que han dado origen a nuestra incorporación a Dios y a Jesús, a través de la incorporación a su familia, su comunidad.

A esa familia quiero yo pertenecer: en ella soy recibido por el Padre Dios y por Jesús en su Espíritu que me han donado y que me incorpora a ellos y a ella. A ella pertenezco junto con otros muchos hermanos. Es mi familia. La quiero. También me duele (como yo le doleré a otros miembros de ella), por eso quiero permanecer y luchar, y aportar y construir en ella y ser iglesia en ella. A pesar de que muchas veces me siento perdido en ella y avergonzado por ella.

Pero, ¿no se tiene ella que avergonzar por mí? Es curioso que a veces nos situamos ante comportamientos negativos de algunos miembros de la Iglesia, principalmente de la jerarquía y nos sentimos avergonzados por esos comportamientos. ¿Por qué no nos comparamos con otros miembros de ella que lo están dando todo (por ejemplo, muchos misioneros) y no nos sentimos avergonzados de nosotros por no ser como ellos? ¿Por qué miramos sólo en la Iglesia lo que podemos criticar? ¿Por qué no miramos lo que nos critica a nosotros? ¿*No cambiaría el carácter de nuestra crisis?* ¿No se podría convertir en “crisis de conversión” para ser como esa parte santa de la Iglesia, en lugar de ser crisis de alejamiento?

Creo, pues, que mis tres razones, basadas en la fidelidad a esta comunidad son razones teológicas, las únicas razones teológicas.

Son, también, argumentos fundamentados en otras consideraciones de teólogos. Siempre me gusta buscar esos fundamentos. Por eso aporto en la tercera parte dos ejemplos, que a mí me dan luz. A ellos remito.

2. *Que, dentro de la Iglesia, hay cosas en que discrepo, y que debo ir expresándolas cuando aparecen, con libertad y amor*

No voy a enumerar la lista de esas cosas. Unas son de tipo teórico, sobre formas de expresar, de formular, de vivenciar la fe común en Jesús y en su Camino, y otras de tipo práctico, sobre formas de situarse en lo concreto de este mundo, en el actuar de la fe cristiana hoy, en la praxis. Prácticamente todas proceden de una diversa forma de situarse ante este mundo de hoy y de la forma de vivir la fe en él.

Percibo en ciertos sectores de la Iglesia de hoy que se ha perdido aquel impulso de Juan XXIII y del Concilio de “abrir las ventanas” para que en la Iglesia entre el viento de la calle y hacer nuestras las esperanzas y sufrimientos del mundo para vivir en ellas de una forma actualizada nuestra fe y la esperanza y vida de Jesús y poder transmitir las a este mundo. Y ha entrado el miedo y la represión de cualquier intento de acercamiento y reformulación de cosas. Es el miedo a traicionar el mensaje recibido. También yo siento esa preocupación y mucho, como ya he expresado en el punto anterior: no soy yo el que se inventa la revelación de Jesús. Pero, precisamente porque quiero que llegue a este tiempo, tengo que verterla en formas que, sin traicionarla, la traduzcan. Salvadas las distancias, totales, exactamente como hizo santo Tomás de Aquino en su tiempo con la adopción de la filosofía aristotélica para verter en ella la fe. Con la libertad de Pablo ante Pedro. Como san Bernardo ante el Papa. Como hace Casaldáliga hoy, y tantos, desconocidos, sobre todo en las misiones, fieles a Jesús, fieles a la gente, fieles a la Iglesia.

Esto ha existido siempre en la Iglesia, desde el principio: formas distintas de expresar la fe, siendo fieles a lo esencial. Baste recordar, por ejemplo, las diversas “cristologías” que según los biblistas aparecen en el N.T., las formas diversas de expresar, por ejemplo, el hecho básico de la resurrección de Jesús, los diversos enfoques de los cuatro evangelios al expresar el Proyecto, el mensaje de Jesús, en particular la diferencia de los sinópticos y el cuarto evangelio. Siempre ha habido un sano pluralismo dentro de la Iglesia,

manteniendo lo esencial. No digamos en cuanto a la forma de organizarse en sus estructuras institucionales. Y eso se hace más acuciante en este tiempo en que en la sociedad en que vivimos se vive mucho más el pluralismo y así es nuestra mentalidad. Hoy tenemos que hacer mucho más ese esfuerzo. Es verdad que esto supone discernimiento, libertad, capacidad de convivencia y tolerancia, humildad en todos, capacidad de andar en medio del misterio que siempre andamos buscando y nunca retenemos del todo. Y desde luego, muchas veces, sufrimiento. Pero por ahí siento que debo ir, aunque muchas veces no vaya, por exceso o por defecto. Porque es *un camino mucho más difícil que la obediencia ciega por un lado y la ruptura por otro, o el desentenderse*. Decidirse por él es decidirse por un camino de espinas. Pero de libertad y de amor, de ponerse en manos de Dios y de los demás. Y de *un camino pesado es más cómodo desentenderse*. Por ahí quisiera ir.

3. *Que en la Iglesia hay un ministerio, el Magisterio, especialmente encargado por Jesús de conservar la fidelidad a su mensaje*

Ni es el momento ni soy yo el indicado para definir este punto importante de nuestra fe; sólo quiero expresar y reafirmar que aceptar esta realidad forma parte del modo en que yo me sitúo en mi comunidad, en la Iglesia. En todos debe estar esta preocupación de mantener la fidelidad a lo recibido —yo creo sentirla en mí y la busco, y alguna vez la he reivindicado con energía ante algún superior mío que parecía que dudaba de ello en mí—, pero la Jerarquía de la Iglesia tiene esa misión especialmente encomendada.

Por eso quiero atender ese ministerio con respeto y consideración seria y de verdad en cualquier cosa referente a nuestra fe. Pero sin perder mi propia responsabilidad en la búsqueda de la fidelidad ni mi sentido crítico: a veces la fidelidad es el cambio para seguir siendo fieles ante circunstancias nuevas. Y sabemos que en las sociedades hechas y constituidas la tendencia en la autoridad es a conservar y los necesarios cambios se producen la mayor parte de las veces desde abajo. Es un juego de esfuerzos que entre todos nos pueden llevar a la fidelidad al Señor.

También siento que *el modo de ejercer este ministerio* por parte de las personas que tiene esa responsabilidad debe ser justo y ajustado a la realidad:

- implicando a toda la comunidad (el “*sensus fidelium*”), especialmente a los teólogos y los que ejercen la pastoral
- atentos a “la condición de los tiempos” y de las comunidades concretas (según su desarrollo y formación)
- con humildad, tacto y paciencia
- salvando las prioridades (el “*ordo veritatum*”: ¿no daría esto luz en el conflicto de Vallecas? ¿No es primero salvar a la gente humilde y abandonada?)

4. *Que “la Iglesia” a su vez, tiene que cambiar en una serie de cosas y en su actitud frente al mundo y sociedad de hoy, y se sitúa fuera del plan de Dios si no lo hace*

Conscientemente he puesto “la Iglesia”, entre comillas, refiriéndome a lo que la gente se refiere cuando emplea esa expresión: la Iglesia en su parte directiva, magisterial, la Jerarquía, como se dice. Quiero de todas maneras recordar algo si se quiere muy manido, pero profundamente verdadero: que la Iglesia es la comunidad entera de los creyentes en Jesús. También en este punto.

Pues bien creo que es verdad, que debemos cambiar pronunciamientos concretos y sobre todo la actitud de enfrentamiento, aunque no sea éste el momento de hacer “la lista” de tomas de posición de “la Iglesia”. En las monografías que hemos analizado van apareciendo actitudes, decisiones, modos, que deberían ser distintos, y que, *de ser otros habrían permitido que muchas personas no se hubieran ido*. Que la gente se vaya o no se acerque porque seguir a Jesús, siendo tan hermoso, es duro muchas veces, o por dificultades personales, es doloroso, mucho, pero no está en nuestra mano. Pero que se vayan por nuestra incapacidad de adaptarnos legítimamente a los modos de nuestro tiempo manteniendo la fidelidad a lo esencial, es muy serio. Y ese drama está pasando. Y no siempre es porque la gente sea mala o no quiera o el ambiente sea contrario (algunas veces, sí); pero en muchas ocasiones es por el rostro que damos

de lo que es Dios, Jesús y ser cristiano, como algo del pasado, conservador, estrecho y viejo, que no ha sabido incorporar los legítimos modos y formas de hoy, anclándose en las formas de siempre.

5. *Que, supuesta la posibilidad de discrepancia de que antes hablé, en caso de conflicto, y de que se me impusiera algo “por obediencia”, mi opción personal es que tampoco me saldré ni me situaré “al margen”*

Seguiré el camino de muchos cristianos (canonizados o no) que *se pusieron en manos de decisiones no compartidas*. Naturalmente salvando el caso de que sintiera que va contra mi conciencia honrada después de buscar y discernir: en este caso tendría que buscar qué hacer, pero nunca romper con mi comunidad, con mi Iglesia. Esa es mi opción, la que veo ahora. Pero con dos notas: Primera, en cada caso tendré que buscar la voluntad del Señor. Con honestidad y libertad, con humildad. Segunda, respetaré la opción de aquellos otros que tomen otro camino con honestidad.

* * *

Tercera Parte

Referencias teológicas

El objetivo de este apartado no es un estudio a fondo, que no es éste el lugar, pero sí buscar algunas aportaciones de teólogos solventes que sean una referencia en este asunto. Es un intento de aportar no sólo opiniones personales, como hasta ahora, sino buscar algún pensamiento expresamente elaborado por personas cualificadas.

A mí personalmente me han servido de luz las dos siguientes y las ofrezco por si a otros lectores les pueden servir. La primera, más de corte teológico, de **Juan Antonio Estrada (A)** en su reciente obra *El Cristianismo en una sociedad laica*. Desclée, Bilbao 2006; la segunda, más de corte espiritual-práctico, de **Víctor Codina (B)**, *Sentirse Iglesia en el invierno eclesial*. Cuadernos Cristianismo y Justicia, Barcelona 2006.

**(A) La Iglesia necesita cambiar,
pero estamos en ella y la necesitamos**

No pretendo hacer un resumen de la doctrina de **Juan A. Estrada** expuesta en la citada obra, sino dar referencias sobre sus afirmaciones básicas, que marcan una línea de pensamiento, y remitir a su lectura directa, que estimo sumamente iluminadora.

Hay dos orientaciones básicas que, lejos de ser contradictorias, se complementan y componen una postura compleja, pero pegada a lo real:

1. *Crítica a fondo de actitudes de la Iglesia ante el mundo actual*
2. *Afirmación inequívoca de la necesidad de la Iglesia y de estar en ella.*

* * *

**1. La necesidad de cambios profundos en la actitud
de la Iglesia para ser levadura en esta sociedad posmoderna**

Todo el capítulo 4, “*El Cristianismo ante los retos de la inculturación*”, es un análisis de la situación actual y de sus cambios, en la familia, en la escuela, en la sociedad, enriquecido con referencias históricas, en la conocida línea crítica del autor.

También en el capítulo 3, “*El Cristianismo y la cultura postmoderna*”, hay referencias muy iluminadoras. Se arranca del origen histórico de la postmodernidad y se analizan sus características, para luego describir “Postmodernidad, cultura y religión” (pp.185 ss) y hacer un análisis de los necesarios cambios ante esa mentalidad moderna.

Transcribo algunos párrafos del final de ese capítulo que sirvan para captar la orientación del autor: Después de recordar el esfuerzo del Concilio Vaticano II para “una nueva búsqueda de Dios, desde la valoración positiva de los signos de los tiempos, acorde con la mentalidad moderna” (p. 223), describe *el repliegue de la Iglesia en los últimos tiempos* y hace ver el peligro y el error de esa estrategia, apostando por una Iglesia que supere este reto y se inserte en la cultura de hoy.

Éstas son sus palabras:

“El repliegue de la Iglesia, perceptible ya en la década de los ochenta, llevó a muchos cristianos a marginarse de los foros seculares, renunciando a ser semilla y quinta columna de la sociedad, a favor de la creación de una red institucional eclesiástica, paralela a la sociedad e ilusoriamente confiada en servir de muro de contención... Prevalecía el intento de “proteger” a los fieles de la cultura disolvente, tanto a nivel externo por medio de las instituciones eclesiásticas, como a nivel interno, por medio del control de la teología, la doctrina y la catequesis...”.

“Pero no se puede impedir la infiltración cultural en la época de la informática, de la publicidad y de las comunicaciones. Fue una estrategia equivocada... El foro eclesial protector a la larga acabaría generando el gueto social y transformaría a la Iglesia en una secta: una opción que permite que una minoría étnica, cognitiva, cultural o religiosa preserve sus rasgos grupales y coexista con otros grupos sociales, sin mezcla ni interferencias con ellos... Es lo que, por ejemplo, han intentado grupos religiosos como los cuáqueros, memnonitas y otras denominaciones evangélicas en Estados Unidos”.

“Pero esa solución no es posible para la Iglesia católica, por definición con pretensiones de universalidad y de misión en la sociedad, que hacen inviable vivir al margen de ella... El imperativo misional del cristianismo va en la línea de ser alma del mundo, de insertarse en la sociedad como célula del reino de Dios. Exige un cristianismo de inserción más que la dualidad de una microsociedad cristiana yuxtapuesta a la gran sociedad, en la línea del antimodernismo...”.

“En cierto modo volvemos a la situación previa a la del Concilio Vaticano II, la del antimodernismo, caracterizada por una Iglesia a la defensiva que negativiza el curso histórico y rechaza a una sociedad que ha surgido no sólo sin la colaboración de la Iglesia sino también en contra de ella. En el siglo XIX y la primera mitad del siglo XX fueron la democracia, la secularización y la laicidad los retos que tenía que afrontar el cristianismo. En

la actualidad es la cultura post-moderna, cuyas directrices chocan frontalmente con el cristianismo y en general con cualquier religión institucionalizada y con un sistema de creencias y de prácticas que exige una adhesión global...”.

“De nuevo hay que recordar la amonestación de Juan XXIII al comienzo del Vaticano II acerca de los profetas de calamidades que sólo negativizan el curso histórico, en este caso la postmodernidad, sin percibir las nuevas posibilidades que ofrece. Una Iglesia que cayera en la antipostmodernidad, como antes en el antimodernismo, no podría ofrecer motivos para vivir y luchar a los ciudadanos de hoy, dejaría de ser anunciadora de una buena nueva, la del evangelio, que necesita ser adaptado y aplicado a las condiciones históricas. Éste sigue siendo el reto del cristianismo, insertarse en la cultura postmoderna y renovarse para poder ser actual y evangélico al mismo tiempo. Ahí es donde se juega el papel de la Iglesia en el siglo XXI” (*Op.cit.*, pp. 223-226).

***2. Junto a esta postura crítica, una afirmación clara:
no podemos prescindir de la Iglesia institución
ni situarnos al margen de ella***

Carisma e institución en la Iglesia son dos aspectos necesarios para su estar de una manera realista en este mundo, en la historia. Las dificultades que solemos encontrar para nuestro estar en la Iglesia provienen de la actuación de la estructuras y personas concretas de la Iglesia, de su aspecto institucional.

Y sin embargo, la institución es necesaria como portadora y garantizadora del carisma en lo concreto de cada tiempo. Conjuguar estos dos aspectos es sumamente necesario para poder estar en la Iglesia.

Hay páginas del autor que al expresar estas ideas me impresionan de una manera especial precisamente por provenir de un teólogo de conocida postura crítica que, por eso mismo, ha sido perseguido dentro de la misma Iglesia. Quiero transcribir algunos párrafos certeros en su descripción y diagnóstico y luminosos en su respuesta.

– *El rechazo a la jerarquía y a lo institucional:*

“El rechazo de la jerarquía y la apelación a un cristianismo laical, comunitario y poco institucionalizado, se inspiraría en el planteamiento original, perdido por la Iglesia. En cuanto que se pone en primer plano la acción de Dios sobre la Iglesia, se ve a ésta como iglesia espiritual e invisible, que contrasta con un catolicismo jerarquizante, legalista y objetivista, que se autonomiza de la acción del Espíritu, sustituyéndolo por una autoridad sacralizada” (p. 261).

– *Grupos donde se da ese rechazo: elementos válidos en esta visión:*

“Esta visión teológica es muy popular en algunos círculos católicos críticos con la jerarquía y la institucionalización. Tiene además elementos válidos que responden a aspiraciones contemporáneas: el de un cristianismo laical, democrático y más basado en la ortopraxis que en la ortodoxia. No cabe duda de que el proceso de inculturación en la sociedad romana y el desarrollo institucional perjudicó a la dimensión profética, carismática, comunitaria y laical del cristianismo. Es además una crítica plausible y eficaz a la luz de la crisis institucional de la postmodernidad. El reforzamiento de la subjetividad individual, de los derechos y preferencias del ciudadano, y de la experiencia personal favorece esta concepción eclesiológica. No cabe duda de la sólida base que tienen algunas críticas actuales a la dogmatización de estructuras, organizaciones y formas de autoridad que se presentan como inmutables y directamente queridas por Dios, ignorando su historicidad, su origen eclesial y las grandes transformaciones vividas en su proceso de constitución” (pp. 261-262).

– *Pero también plantea una crítica fuerte: ahí hay “una concepción errónea de la religión, del carisma y de la institución”:*

“Pero detrás de este esquema que opone la institución y el carisma, sin más mediaciones, hay una concepción errónea de

la religión, del carisma y de la institución. Por un lado está la contraposición entre la acción de Dios, que sería el carisma, y la del hombre, la institución. La confrontación de lo humano y lo divino está en relación con una visión de Dios como agente externo a la historia y ajeno a lo humano. Por otro lado se comprende la religión como mera elección del individuo, viendo lo social organizativo como un añadido posterior. Es una teoría favorecida por la alergia institucional y del individualismo de la cultura postmoderna”.

“Y sin embargo, es falsa porque la religión no es sólo algo que se elige, sino también algo en que se nace y en lo que estamos insertos como la sociedad. Lo individual no se opone a lo societario, al contrario nacemos y crecemos en una sociedad y lo primero es la dependencia constitutiva de ella. Desde la pertenencia a un grupo, también el religioso, podemos desarrollar nuestra autonomía y tomar distancia de la tradición que nos constituye desde los orígenes, en la línea realzada por la hermenéutica contemporánea...”.

“La acción de Dios no se hace sentir sólo en la vivencia, las emociones o la iluminación personal, que serían dimensiones del carisma o gracia personal, sino también la creación de normas, directrices, orientaciones, ministerios, instituciones (como el canon de la escrituras o los sacramentos)” (*Op. cit.*, pp. 262-263).

– *Un poco más adelante plantea la “necesidad y ambigüedad de las instituciones”*

“La dinámica de relaciones afectivas grupales es muy inestable y cambiante, cuestionando los compromisos y la identidad relacional. La institución objetiviza esas vinculaciones, más allá de las personas, por eso son importantes los mecanismos de socialización, constitutivos de la identidad, e instituciones que preserven al grupo más allá de las vinculaciones emocionales”...

“La religión no es ni meramente individual ni sólo carismática y se expresa en un modo de vida, más allá de la mera subje-

tividad. Las instituciones son básicas para comprender el significado del cristianismo como religión histórica...” (pp. 265-266).

– *Y subraya los peligros de los grupos contestatarios a la institución de la Iglesia:*

“Si la secularización de la sociedad promueve reactivamente la sacralización de la Iglesia, el autoritarismo jerárquico genera reacciones contrarias que llevan a la impugnación de la autoridad y el cuestionamiento permanente. El resultado es que también la Iglesia se fragmenta y divide, en lugar de ser una alternativa a la sociedad”.

“Es lo que ha ocurrido frecuentemente a los grupos contestatarios a las instituciones y la forma de ejercer la autoridad en la Iglesia. En nombre de la experiencia, del carisma, la democracia y las libertades individuales, han tendido a romper globalmente con la tradición, a desvincularse absolutamente de la jerarquía y a prescindir del orden institucional”.

“El problema es que una comunidad basada sólo en las relaciones interpersonales... se empobrece al romper con la tradición, sin ser capaz de sustituirla por otra. En cuanto que se producen conflictos interpersonales y se rompen las vinculaciones dentro de la comunidad, ya no hay elementos institucionales que contrarresten los conflictos entre las personas. Son comunidades con mucha dificultad para transmitir su experiencia grupal a otras personas, especialmente a las generaciones más jóvenes, porque no hay substratos institucionales que lo faciliten”.

“Además, la ruptura global con la jerarquía y con la gran Iglesia, lleva al gueto dentro de la Iglesia y a la pérdida de influencia eclesial y social... Sin una apoyatura institucional difícilmente se puede mantener la crítica y al mismo tiempo la vinculación a la Iglesia. La justificada crítica al autoritarismo jerárquico fácilmente se compensa con la absolutización de otras pertenencias, como el mismo grupo (que puede ser tan represivo como un cargo institucional)” (*Op. cit.*, pp.265-267).

Juan A. Estrada

**(B) “Sentirse Iglesia en el invierno eclesial”:
Buscando caminos y actitudes**

El conocido teólogo **Víctor Codina**, afincado en América Latina en aquella Iglesia tan pegada a los pobres, no disimula su malestar ante la Iglesia actual y lo describe crudamente. Pero busca caminos para poder permanecer en ella, sentirse parte de ella y trabajar en ella para hacerla cada vez más cercana al ideal de Jesús. Ésa es la esencia de su trabajo. A mí me ha aportado mucha luz, y me identifico totalmente con sus posturas.

Voy a indicar las líneas de su desarrollo, casi el índice de los temas, transcribiendo algunos párrafos más significativos. Con ello creo que servirá para iluminar la reflexión que estamos haciendo. Recomendando vivamente su lectura íntegra.

1. Arranque descriptivo de la situación
(“*Síntomas de un malestar*”)

Es fuerte y certero, y engancha plenamente con el planteamiento de este número de la revista:

“Los que vivimos la primavera conciliar del Vaticano II en la década de los 60, no podemos menos de sorprendernos ante la actual situación eclesial, 40 años después del Concilio. Al entusiasmo y euforia postconciliar ha sucedido ahora una atmósfera de desconcierto, perplejidad, crítica, rechazo, desánimo, miedo, autocensura, disidencia respecto al magisterio eclesiástico, disminución de la práctica dominical y, en general, sacramental, el descenso vertiginoso de vocaciones al sacerdocio y a la vida religiosa, automarginación, abandono de la Iglesia, indiferencia. Muchos afirman: “Jesús sí, Iglesia no”. Se ha hablado de la existencia del cisma silencioso de los miles que abandonan hoy la Iglesia católica. Hay cristianos sin Iglesia, hay creencia sin pertenencia eclesial. Otros sectores eclesiales que no llegan a darse de baja de la Iglesia, viven un sentimiento de impotencia, rabia, dolor, miedo, silencio y tristeza eclesial... La Iglesia se ha convertido en un problema, un escándalo, un impedimento para la fe, un signo de contradicción” (Op. cit., 3-4).

2. Diagnóstico de las causas (intra y extraeclesiales)

3. Tercer paso: “Buscando caminos”.

Algunas verdades olvidadas

Me parece la parte más interesante, porque es la que nos ayuda a situar bien la cuestión al subrayar todos los aspectos de lo que es la Iglesia. La simple enumeración de sus títulos ya abre el horizonte. En algunos transcribiré algún párrafo o frase que aclare el sentido.

La introducción es iluminadora:

“En esta crisis eclesial todo intento de solucionar los problemas simplemente invocando a la obediencia de los fieles, al silencio, a no criticar... está condenado al fracaso. Es necesaria una nueva iluminación teológica, una nueva catequesis, una nueva iniciación a la experiencia eclesial fundante” (p. 8).

3.1. “Dios es mayor que la Iglesia” (pp. 8-10):

“La Iglesia entra en el credo unida a su tercer artículo... En realidad sólo el Dios Trinitario, Padre, Hijo y Espíritu, son objeto y término de nuestra fe, no directamente la Iglesia. En lo que creemos es en la presencia del Espíritu Santo que actúa de modo especial en la Iglesia... Sin una experiencia profunda de fe en el misterio de Dios, absoluto, inefable, inabarcable, abismo sin orillas... que se nos ha comunicado en Cristo como vida y salvación..., sin esa experiencia fundante, no podremos acceder a la Iglesia...

Ésa es la gran tarea de la Iglesia: iniciar a esa experiencia de Dios. Sin esta experiencia de fe, nuestra visión de la Iglesia se reduciría a una simple realidad intramundana ... es la visión que nos suelen ofrecer los medios de comunicación”.

3.2. Prioridad del Reino sobre la Iglesia (pp. 10):

“El centro de la predicación de Jesús no fue la Iglesia sino el Reino. El Reino, el proyecto trinitario de Dios. Hay tensión entre la Iglesia y el Reino. Ésta no puede centrarse en sí misma, sino que es hacia fuera”.

“La teología se ha interesado más por la Iglesia como institución religiosa y Pueblo de Dios (*laós*) que por el pueblo pobre y marginado (*óchlos*) al cual Jesús hace milagros, alimenta, perdona, porque siente compasión de él... Esto significa que a lo largo de la historia la Iglesia ha ido centrándose en sí misma (*laós*) y relegando a un segundo lugar su orientación más amplia al Reino de Dios y los pobres”.

3.3. *La Iglesia es pecadora (¡y la tentación del puritanismo!)*

Punto importante para aceptar “lo real”, tan querido para Fernando Urbina, con su mezcla, sus contradicciones, su dialéctica. Fundamental para el individuo y para los grupos, incluido el Proyecto de Dios, el Reino. Jesús estuvo siempre en “lo real”.

3.4. *La Iglesia está bajo la fuerza del Espíritu*

Desde el principio, el Espíritu derramado sobre toda la Iglesia. Se ha olvidado a lo largo de la historia:

“Respecto a la Iglesia, pareciera que sólo la jerarquía poseyera el Espíritu Santo y lo comunica a los fieles por la predicación y los sacramentos... de ahí que el pueblo se convierte en un elemento puramente pasivo en la Iglesia... Es decir el olvido del Espíritu favorece una visión de la Iglesia prácticamente identificada con sus estructuras visibles y en concreto con la Jerarquía...” (p.14).

Y sin embargo, el Espíritu se mueve (p. 15): Y hace una larga enumeración de todos los movimientos generados en la Iglesia por el Espíritu a lo largo de los siglos, por todos los fieles, santos, misioneros, fundadores, fieles sencillos... Interesante.

3.5. *La Iglesia no se identifica simplemente con la Jerarquía*

El autor se mueve entre la clara afirmación: “La Iglesia es apostólica” y la no menos clara de “El riesgo de la jerarcológia”. Transcribo dos párrafos representativos de estos dos polos. Los dos tienen consecuencias prácticas complementarias e importantes:

a) *La Iglesia es apostólica*: “Está edificada sobre el cimiento de los apóstoles y profetas, siendo la piedra angular Cristo mismo (Ef 2, 20). Esta apostolicidad de la Iglesia que con el tiempo se estructurará en episcopado, presbiterado y diaconado, constituye lo que se conoce como la jerarquía de la Iglesia, que preside el Papa como obispo de Roma” (p. 16). Y más adelante saca la consecuencia: “Ningún católico puede dudar que hay que estar en comunión pastoral con el Papa, obispo de Roma, y los demás obispos que son sucesores de los apóstoles, lo cual implica, entre otras cosas, la docilidad a su magisterio, aunque evidentemente en sana teología hay que distinguir entre el magisterio infalible del Papa y de los obispos, del magisterio no infalible, también llamado auténtico, frente al cual puede haber legítimas razones para disentir” (p. 17).

b) *El riesgo de la jerarcología*: Después de explicar cómo a lo largo de los siglos la jerarquía se ha absolutizado llegando a identificarse con toda la Iglesia, explica: “Pero afortunadamente, la Iglesia es más amplia que la jerarquía, es toda la comunidad de los bautizados, el Pueblo de Dios, como expresó el Vaticano II anteponiendo en la *Lumen Gentium* el capítulo del Pueblo de Dios a los de la jerarquía, los laicos y la vida religiosa” (p. 18).

Luego lo ilustra desde la experiencia histórica: “La historia nos dice que muchísimas veces, no sólo en el pasado, sino también en el presente, la jerarquía se ha convertido en signo de escándalo para la Iglesia. Y la Iglesia ha salido adelante gracias a los sectores no jerárquicos” (p. 18).

3.6. *La Iglesia es la Iglesia del Jesús histórico y pobre de Nazaret*

El peligro de la Iglesia es identificarse tanto con el Cristo glorioso que olvide la encarnación y crea que ya ha llegado el Reino de Dios. Los peligros del triunfalismo y de la Iglesia de cristiandad. “Hay que volver al evangelio”, al Cristo pobre, al crucificado, a la Iglesia de los pobres. Y esto lo recuerdan constantemente las iglesias del tercer mundo (pp. 19-22).

4. Actitudes cristianas ante la Iglesia de hoy:

El autor señala tres: *Gratitud y amor, Fidelidad crítica y Esperar contra toda esperanza*. Entresaco algún párrafo que las ilustre brevísimamente.

4.1. Gratitud y amor:

No sería justo quedarnos solamente en los aspecto negativos de la Iglesia del pasado y del presente, sin reconocer todo lo que hemos recibido de ella, aun en medio de todas sus contradicciones e incoherencias:

“Gracias a la Iglesia hemos recibido la fe cristiana, el evangelio, los sacramentos desde el bautismo a la eucaristía, y de ella esperamos también la unción de los enfermos. La Iglesia nos ha enseñado a orar, a perdonar y pedir perdón, a amar a todos y en especial a los más necesitados, a tener confianza filial en el Padre, a buscar ante todo el Reino de Dios, a esperar en la resurrección final. Por medio de ella conocemos a Jesús, su vida, enseñanzas, su cruz y resurrección. Nos ha enseñado a rezar a María, a venerar a los santos, imitar sus virtudes. Ella da sentido a nuestra vida, al trabajo, al sufrimiento y a la misma muerte...” (p. 24).

Y sigue en otras cosas. Realmente impresiona pararse a recoger todo eso recibido a través de tantos canales.

4.2. Fidelidad crítica:

“Evidentemente se entendería mal todo lo dicho anteriormente si se sacase la conclusión de que nuestra misión en la Iglesia se reduce a obedecer, callar y alabar cuanto sucede en la Iglesia. La obediencia y fidelidad a los pastores y a su magisterio doctrinal es esencial para el cristiano. Siempre se ha insistido en ello. Pero esta fidelidad tiene que ser madura, crítica, incluso conflictiva.

Corresponde a la autoridad, también a la eclesial, mantener la tradición, el equilibrio de fuerzas, la armonía, la cohesión en el grupo, no precisamente abrir nuevos caminos. La autoridad

no desea cambios, prefiere la situación presente... Incluso presenta como intocables cuestiones que en realidad son discutibles...”.

Pero también existen “*los cristianos incómodos*”:

“La historia de la Iglesia demuestra que muchos avances se han dado a partir de estas disidencias, transgresiones e incluso desobediencias...[y nombra casos]... La historia también enseña que muchas doctrinas enseñadas por el magisterio ordinario fueron luego retractadas [y también cita ejemplos y bibliografía]...”

Estos cristianos incómodos no son disidentes *de* la Iglesia, ya que mantienen su fidelidad y comunión eclesial, sino *en* la Iglesia, en la cual en muchos temas no vinculantes puede darse libertad... De este modo la autoridad del magisterio que mantiene la tradición de la Iglesia y la fidelidad crítica de algunos sectores más proféticos, no están en contradicción, sino que son dos funciones diferentes y complementarias en la Iglesia”... (*Op. cit.* pp, 24-25).

4.3 .*Esperar contra toda esperanza:*

“La vida del cristiano en la Iglesia de hoy no es nada fácil. A muchos cristianos ‘nos duele la Iglesia’... Hoy la pertenencia a la Iglesia, el sentirse Iglesia, pasa por la cruz” . Y a continuación va citando ejemplos de grandes creyentes que pasaron por situaciones parecidas: Ignacio de Loyola, Teresa de Jesús... Y más cerca, los grandes teólogos que hicieron el Concilio, Henri de Lubac, Yves Congar, Karl Rahner, Bernard Häring... Y Pedro Arrupe. Son testimonios escalofriantes, que conviene leer (pp. 26-27).

Víctor Codina

* * *

Conclusión

Un agradecimiento y un ruego-invitación

1. *Un agradecimiento:* En el Consejo de Redacción de la revista acepté el encargo de este trabajo, por haber osado sugerir enfoques concretos. Y, lógicamente, como suele pasar, a quien habla, le cae. Acepté, además, porque tenía necesidad de volver a pensar personalmente la cuestión. Ahora agradezco el trabajo, que no sé si responde o no a lo que se esperaba, *pero que a mí me ha servido* para esa “meditación” que he intentado hacer con la sinceridad que he podido y orando con toda mi alma. Y he recibido luz. ¡Bendito sea Dios! Aconsejo vivamente a los lectores que hagan a su vez la prueba y no dejen que se pudra este tema, como me estaba pasando a mí. También tengo que decir que *lo que más luz me ha dado ha sido empezar a actuar* en un temilla dentro de mi Iglesia, tímidamente todavía, pero con la libertad, el respeto, el cariño y la sencillez que he aprendido de estos creyentes que han sido ejemplo.

2. *Un ruego-invitación:* Terminar con una etapa y un estilo de relaciones en la Iglesia

¿No podríamos ya proponernos todos terminar con una época de la Iglesia (desde algunos años después del Concilio) marcada por la “contestación” por un lado y la autoridad sin diálogo y represiva por otro? Creo, de verdad, que tenemos que acabar por un lado con que cristianos o grupos cristianos que estemos en desacuerdo con posturas de la autoridad jerárquica de nuestra Iglesia se dediquen (o nos dediquemos) a “denunciar”, exponer opiniones públicamente, condenar en periódicos, televisiones, radios y otros medios *como desde fuera*, como si fuéramos otra iglesia, sin intentar buscar a los pastores y hablar y hablar sin término. Y por otro tiene la parte jerárquica que evitar expresar autoritativamente y en público “lo que debe ser” sin diálogo, condenar a nadie sin hablar, negarse a aceptar denuncias que sean ocultas, no tener en cuenta los movimientos que se van produciendo por abajo para acariciarlos y dejarse fecundar, corrigiendo con cariño cuando haga falta, pero no sintiéndose continuamente amenazados.

Llevamos demasiados años unos y otros más preocupados de los comunicados de prensa, de las firmas de protesta, de las condenas a teólogos sin diálogo verdadero y en oculto, de la creación de organizaciones por abajo prácticamente paralelas, de la condena sistemática o el ostracismo por parte de la jerarquía de esos mismos movimientos sin aprovechar el valor de renovación y estigmatizándolos por el mero hecho de ser diferentes, sin aprovechar su vitalidad. En fin, funcionando en la práctica como si hubiera dos iglesias dentro de la Iglesia católica.

Creo que es hora de que entre todos terminemos con esto. Nos parecemos a esas familias que criticamos que intentan “resolver sus problemas” en las televisiones echándose en cara en público sus miserias. ¿No será que lo que buscan es “salir”, afirmarse y no resolver de verdad sus problemas, que siempre lleva consigo ceder algo? ¿No nos puede pasar esto a nosotros? ¿Es la gloria de Dios lo que buscamos o la nuestra, nuestras propias posturas?

Por eso haría una propuesta práctica, pues a las cosas y problemas hay que darles salidas prácticas: la creación de *un grupo de resolución de conflictos*. Pero no los “tribunales” que ya hay en la Iglesia, sino este otro tipo de institución, más informal, pero con frecuencia eficaz, que está dando buenos resultados en otras instancias. Sería un grupo ágil en cada diócesis, formado por personas de diversas sensibilidades, personas de Dios, sensatas, conciliadoras. Un grupo al que se pudiera acceder con facilidad y agilidad por parte de cualquier persona. Con funcionamiento no complicado. Con garantías de fidelidad y discreción, pero excluyendo cualquier ocultismo ni denuncia anónima o cosa por el estilo. Y que pudiera resolver o aconsejar con firmeza a la autoridad diocesana competente. Y con posibilidad de recurso o revisión. No es que un grupo así garantice resolver todos los problemas, pero puede dar salida a muchas situaciones que hoy se cortan.

¿No podemos soñar con una Iglesia que guarde la “regla de oro” de Jesús: “Cuando tengas algo contra tu hermano, ve y díselo...”? Con los otros pasos, sí, *pero en ese espíritu. Si no, ¿cuál es el testimonio de un amor nuevo ante el mundo que nos mandó Jesús? Lo otro, ¿no lo hacen también los paganos?*

La superación de la crisis depende de la Iglesia. No falta programa. Sigo en la Iglesia porque la fe puede nutrir la esperanza de que el programa y la causa de Jesucristo, como ha sucedido hasta ahora, son más fuertes que todos los abusos perpetrados en la Iglesia y con la Iglesia. Yo no sigo en la Iglesia *a pesar* de ser cristiano, sino *por ser* cristiano.

Hans Küng
